



PILAR LEPE

TEMPESTADES
DEL
DESTINO





TEMPESTaDES DEL DESTINO
Pilar Lepe

Copyright © Pilar Lepe 2020
Todos los Derechos Reservados
Safe Creative N°2002113068203
11/02/2020

Logo de Autor
Pamela Díaz Rivera
pdiazrivera@gmail.com

2020

Queda prohibida, sin la autorización escrita de parte de la autora, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y/o cualquier tipo de distribución ilegal.

P i l a r l e p e

Tempestades
Del
Destino

Capítulo 1

Lord Phillip Orchmond entró casi corriendo a su casa de Mayfair, en cuanto el mayordomo abrió la puerta. El lacayo se aproximó a tomar el sombrero de las manos del lord, pero este pasó de largo sin quitárselo. El sirviente corría detrás suyo, mientras que él sin hacerle caso, subía los escalones de mármol de dos en dos hasta la planta alta.

Como todas las mañanas, Violet estaba sentada bordando, en la sala de juegos de los niños, entre tanto ellos se entretenían con una línea de ferrocarril que abarcaba media sala. Cuando llegó a sus oídos el alboroto que hacían su marido y el mayordomo subiendo a toda prisa la escalera. Violet salió indignada del cuarto de juegos para ver qué sucedía.

Violet se agarró la falda del vestido con ambas manos y subió la escalera detrás de su esposo, con pasos gráciles pero rápidos. Esta vez fue el turno de la doncella de subir detrás de su señora para ver si necesitaba algo.

—¡Phillip! ¡¿Phillip, qué ocurre?! —gritaba Violet, detrás de él, pero lord Orchmond parecía no escuchar.

Cuando por fin le dio alcance, él ya se encontraba en la habitación sacando ropa de los armarios, mientras el lacayo lo observaba atónito pues su señor se negaba a recibir ayuda.

—¿Qué haces, querido? Para eso está Edward aquí.

—Gracias, Edward, pero no te necesito. Sal. ¡Salgan todos! —ordenó al ver a la doncella y al mayordomo que acababan de entrar.

Los sirvientes, musitaron un "sí, milord" antes de desaparecer por la puerta, preocupados.

—¿Me podrías decir qué está sucediendo? —preguntó Violet cuando se quedaron solos, pero él estaba concentrado organizando su equipaje y no le prestaba atención—. ¿A dónde vas? ¡Phillip!

—Es mejor que no lo sepas —respondió él sin mirarla.

—¡Tengo derecho a saberlo! —Espetó ella con furia—. ¡Debes decirme!

Lord Orchmond dejó por un momento lo que estaba haciendo y cogió ambas manos de su mujer, entre las suyas.

—Me acusan de traición a la corona. Dicen que yo le vendí armas a un grupo insurgente de África.

—¿Eso...es verdad?

—¡Por supuesto que no! Le presté dinero a Collins sin preguntar para qué lo necesitaba.

—¿Collins? ¿Que no es ese hombre siniestro, con apariencia de pirata? Te advertí acerca de la amistad con ese hombre. ¡Yo sabía que no te traería nada bueno!

Violet estaba desesperada: sentía el pecho oprimido y dentro de él un nefasto presentimiento comenzaba a tomar forma.

—Sí, querida, pero recuerda que él me salvó la vida en El Cabo. —Se disculpó él, más sabía

que ella tenía toda la razón.

—¡Una vida que ahora te está quitando, y eso fue hace muchos años, Phillip! Ustedes aún eran jóvenes, y la gente cambia...

Violet rompió a llorar desconsoladamente. Su esposo la abrazó para contener las convulsiones de ese menudo cuerpo que tanto amaba.

—Amor, así no resolveremos nada. Me marcharé a Francia.

—¿Huirás?

—Debo hacerlo, querida... Debes tomar el dinero, las joyas y todo lo de valor que puedas reunir, y marcharte a Perth con los niños. Yo me reuniré más tarde con ustedes.

—Pero... —A Violet se le encogió más aún el corazón.

—Hay que hacerlo, no tardan en venir por mí.

—¡Tienes que decirles que no es tu responsabilidad! ¡Debes defenderte de los cargos!

—A Collins ya lo tienen, y él confirmó que yo facilité el dinero. ¡No tengo cómo demostrar que yo no sabía nada, Violet! No soy un cobarde pero no quiero acabar en la horca siendo inocente. Di a los niños que los amo.

La última caricia que recibió lady Orchmond de su esposo fue un beso en la frente, luego, un rápido abrazo y un adiós.

Violet paró de llorar, era inútil pues ya no había más que hacer, solo aceptar la dura realidad: sus vidas ya no serían las mismas de ahora en adelante. Lo que jamás imaginó ni en sus peores pesadillas estaba a punto de ocurrir: Phillip sería aprehendido y posiblemente ejecutado, o en el mejor de los casos: despojado de sus bienes y exiliado.

—Milady, ¿necesita algo? ¡Milady!

Violet se enjugó la última lágrima que aún vagaba por su rostro y se volvió hacia la doncella.

—¿Los niños?

—Todavía están jugando, milady.

—Déjame sola, por favor.

—Sí, milady.

Olvidando a propósito las órdenes de su esposo, Violet pensó refugiarse con sus hijos en casa de sus padres. Dio un par de vueltas en la habitación pensando en lo que se llevaría consigo, pero de pronto se detuvo en seco. Si iba con sus padres, terminarían involucrados también y quizás señalados como cómplices. Ellos no ostentaban títulos, pero conformaban una de las familias más respetables de Londres, y por ende les importaba mucho el escrutinio público. No podía poner en juego la reputación de ellos y la de sus hermanas. Si Phillip lograba demostrar que era inocente, de todas formas, su honestidad quedaría en entredicho, y quizás nunca recuperaría su credibilidad, lo que acarrearía grandes consecuencias para su familia. No, no podía exponerlos a eso.

No le quedaba más remedio que hacer lo que Phillip había dicho: embarcarse a Perth. Aunque él no lo había especificado, seguramente había querido decir que se fuera a casa de la prima

Bertha. ¡Pero Australia estaba tan lejos!

Bertha Holloway, la prima de Violet se había marchado a esas lejanas tierras, detrás de un esposo con sueños de colonización como tantos otros que decidieron emigrar en busca de asentar prosperidad en ese lejano continente, que hasta hace poco solo había servido para recibir prisioneros y gente de dudosa reputación.

A pesar de no tener un flujo de comunicación constante, Violet sabía que Bertha y su esposo, tenían un negocio floreciente importando productos de Inglaterra para venderlos en su almacén.

Si bien los padres de Bertha habían puesto el grito en el cielo al enterarse de que su hija se marchaba tan lejos, en pos de un sueño tan efímero, más adelante cambiaron de opinión cuando tuvieron noticias de que su yerno se hacía rápidamente de fama en la creciente ciudad de Perth.

Violet se preguntó si sería capaz de llegar sola con sus hijos hasta allá, y al no obtener respuesta, decidió con obstinación esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Y como siempre que sus nervios se alteraban, fue en busca del bordado.

Mientras la aguja entraba y salía de la tela, Violet rezaba y rogaba al cielo porque su esposo llegara a salvo a Francia.

Esa noche Violet no durmió, porque cada vez que cerraba los párpados, veía a Phillip colgando de una cuerda.

Por la mañana, Tyler y Francis llegaron como todos los días a meterse a su cama. Ella los abrazó y comenzó a llorar sin poder contenerse.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó Tyler que quizás por ser el mayor, era quien mejor se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Lloro porque me siento feliz. Feliz de tenerlos a ustedes.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que lo estoy... Escuchen: quizás debemos salir de viaje.

—¿A dónde, mamá? ¿A dónde? —preguntó el pequeño Francis, excitado.

—Es un secreto.

—¿Y papá, vendrá?

—¿Y cuándo nos vamos?

—Aún no lo sé, Francis.

—¡Ah!

—Ahora vayan a desayunar, los alcanzo enseguida.

A Tyler le pareció extraño un viaje tan repentino, pero no se atrevió a interrogar a su madre por temor a las respuestas que pudiera recibir.

Cuando la doncella llegó para ayudarla a vestirse, Violet ya estaba lista y arreglada para salir.

Iría a buscar a George, quien era el mejor amigo de su esposo, y el único en el que podía confiar en estos momentos. Sin embargo, no alcanzó ni siquiera a ponerse el sombrero, porque apareció el mayordomo avisando que George la esperaba en el salón y se veía muy consternado.

Violet olvidó el recato, y bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué sucede? ¿Es Phillip? ¿Está...?

—No, Violet, pero lo han apresado cuando se disponía a abordar el barco. Pude conseguir que me permitieran verlo y te manda a decir que hagas lo que acordaron.

—¡Tengo que verlo, George!

—Él no quiere.

Capítulo 2

Violet no pudo continuar reprimiendo los sollozos que estaban atrapados en su garganta. Estaba intentando ser fuerte por el bien de los niños, pero tenía derecho a permitirse un quiebre en medio de tanta angustia.

George la abrazó con delicadeza, pero no sabía cómo consolarla. Su amigo era un hombre tozudo y no quería que su amada esposa se expusiera de ninguna forma, para evitar que se viera alcanzada por la lamentable situación de la que no había escapatoria posible.

—¿Habrá juicio? —preguntó ella cuando por fin pudo recuperar la voz.

—Solo por formalidad. Ese hombre declaró que Phillip lo ayudó. Dijo que tu esposo sabía para qué era el dinero cuando se lo pidió.

—¡Canalla! ¿Y si yo hablo con él? Le rogaré que diga la verdad.

—Violet, Collins ya fue ejecutado.

—¿Phillip lo sabe?

—Sí.

—¿No queda ninguna posibilidad?

—Se trata de traición, Violet.

—¿Puedo verlo, George?

—Ha dicho que no te recibirá.

Violet tuvo que sentarse porque de un momento a otro el mundo se había caído sobre sus hombros. ¡Ahorcarían a Phillip! Si encarcelaban a un hombre por robar un pan, con mayor razón darían muerte a un conspirador.

—¡Por favor, George, necesito verlo, aunque sea un momento!

—Veré si puedo hacer algo, pero no guardes esperanzas.

Tal como le había advertido George a Violet, a lord Orchmond le hicieron un juicio rápido solo para cumplir con las formalidades debido al alto puesto que tenía en la Cámara de los Lores, y sobre todo para que sirviera como ejemplo de que nadie se podía librar de una condena sin importar el rango que ostentara.

Esa misma noche George volvió a casa de Violet.

—Vamos, te conseguí un pase para que veas a Phillip. Ponte una capa que te cubra por completo, no queremos que alguien te vaya a reconocer.

George la llevó en su propio carruaje hasta la torre. Violet no lograba controlar su cuerpo que temblaba como una hoja mecida al viento.

Cuando llegaron, George habló brevemente con los guardias, y después de entregar una bolsa a cada uno les permitieron la entrada con la advertencia de que la visita tendría que ser breve.

Violet siguió a George por los pasillos húmedos y mal olientes del castillo, hasta que llegaron a unas puertas enrejadas tras las cuales había varios calabozos. Dentro de una de aquellas celdas estaba prisionero Phillip, custodiado por un carcelero rechoncho, tan mal oliente como el resto de la torre. George depositó unas monedas de plata en la taza que tenía junto a él, y el hombre abrió el candado.

—Solo cinco minutos.

Violet entró detrás de George teniendo mucho cuidado de no tocar al hombre, ni siquiera con la capa.

El prisionero se sorprendió al ver a Violet, pero se recuperó enseguida.

—¡Te advertí que ella no debía venir aquí! —espetó con furia, dirigiéndose a George.

—No lo culpes. —Violet tuvo que hacer mucho acopio de valor para no llorar ante la imagen deplorable que ofrecía su amado esposo—. Tenía que verte. ¿Por qué te rendiste tan pronto? ¿Por qué no te defiendes?

—Collins me puso la soga al cuello y no pude liberarme. Ni siquiera me dejaron hablar, y cuando intenté hacerme escuchar por la fuerza, dos alguaciles me apalearon allí mismo, en la corte.

—¿Y ahora?

—Ahora, mi amor, sigue adelante.

—¡Pero cómo me pides eso!

Violet no quiso continuar ocultando sus emociones, bajó su cabeza y dejó que las lágrimas rodaran libremente por su rostro. Phillip levantó sus manos encadenadas para tomar las de ella. Cuando Violet levantó su cabeza lo que vio la conmovió aún más: su esposo también derramaba silenciosas lágrimas.

—Te amo, mi amor. Di a mis hijos que los amo y que nunca hice nada que los pueda avergonzar.

—Lo sé, amor. Lo sé.

De pronto, el carcelero golpeó el manajo de llaves contra los barrotes de la celda.

—Ya debe salir —fue todo lo que el hombre dijo.

—¿Cuándo? —le preguntó Violet a su esposo, en un susurro.

—Al amanecer.

Ella lo abrazó con desesperación, aún sin creer que lo que estaba viviendo no era una pesadilla.

—¡Vamos, señora, dese prisa!

—Tienes que marcharte. —Phillip intentó parecer frío.

—¡No! ¡Esto no puede estar sucediendo!

—George, por favor, llévatela.

George asintió en silencio y tomó con firmeza los hombros de Violet para separarla de su

esposo.

—Cúidala. Oblígala a que haga lo que le dije.

—Lo haré.

—Confío en ti.

—Quédate tranquilo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó Phillip con sorna.

—Lo siento.

George no dijo más, esa era la despedida. Rodeó a Violet con un brazo y la guio hasta la salida. El cuerpo casi inanimado de ella se dejó conducir. No era capaz de sentir nada que no fuera el dolor por la pérdida, por lo mismo, durante el camino de regreso en varias ocasiones estuvo a punto de caer desfallecida.

Todavía no despuntaba el alba cuando Violet se levantó. Esa noche tampoco había dormido, y sus ojos estaban enrojecidos e inflamados de tanto llorar.

Vestida de riguroso luto, se dirigió a la biblioteca. Una vez allí recorrió las cortinas de una ventana en especial, y junto a ella se dispuso a esperar la salida del sol.

Precisamente desde ese lugar se divisaba la torre de Londres. Esa era la única forma que tenía de acompañar a su esposo en ese fatídico momento.

Estuvo alrededor de dos horas, sentada junto a la ventana. Cuando la doncella fue a buscarla para que bajara a tomar desayuno, Violet parecía una esfinge de piedra con la vista fija en la torre.

—No tengo hambre —dijo, tocándose el estómago.

—El señor Cummings la aguarda en el salón.

Con el rostro demudado por el terror y la angustia, Violet salió rápidamente para ver a George. Aún le quedaba un resquicio de esperanza dentro de su corazón.

—¿George?

—Hace dos horas.

—¿Qué le hicieron? —preguntó con voz trémula.

—Lo decapitaron.

—¡Oh!

Violet ya no pudo resistir más y cayó desvanecida en los brazos de George. La sola imagen mental de la cabeza de Phillip rodando por el piso mugriento de la torre, fue demasiado para sus ya atormentados nervios.

Cuando despertó estaba tendida sobre el sofá y la doncella sostenía el frasco de las sales cerca de su nariz. George estaba de pie junto a ella y la observaba con preocupación.

—Lamento que todo haya ocurrido de este modo, y sobre todo siento tener que molestarte en estos momentos de aflicción, pero hay asuntos importantes que debemos discutir.

—Ni siquiera podré enterrarlo —repuso ella sin prestar mucha atención a lo que George decía.

—Yo me ocuparé de eso. Quédate tranquila.

—¿Podré visitar su tumba, al menos?

—Violet... Si vas a marcharte, tienes que hacerlo ya.

—¿No nos vas a acompañar?

—No puedo dejar a Sibyl, y tampoco arrastrarla hasta el fin del mundo. —La esposa de George Cummings estaba atada a una silla de ruedas—. No sabes cómo duele que tengan que pasar por esto solos.

—Lo sé. No sé por qué pregunté. La idea es absurda.

—Violet, escucha: en dos días vendrán a expulsarlos de acá porque confiscarán todos tus bienes. Todo pasará a manos del nuevo Lord de Orchmond.

—Es el primo de Phillip. No creo que sea capaz de dejarnos en la calle.

—¿Tú crees que a él le importará la familia de un hombre que fue acusado de traición?

—Bueno, yo pensé qué...

—Debes hacer lo que te dijo Phillip: tomar tus objetos de valor y abandonar Inglaterra. Si te quedas, no podrás conservar nada y tus hijos quedarán desprotegidos. Al menos si te vas, podrás comenzar una nueva vida, aunque sea lejos de aquí.

—¿Dices que tengo dos días?

—¿Ya sabes dónde irás?

—No. —Confiaba en George, pero no supo por qué no fue capaz de contarle los planes de Phillip para ella y los niños—. No te preocupes, George, me las arreglaré.

Violet estaba sufriendo lo indecible y este era el momento en que tendría que estar en los brazos amorosos de los suyos, pero era imposible: su padre estaría avergonzado y preguntándose si las acusaciones contra su yerno serían verídicas. Su madre pondría histérica, y solo le preocuparían las habladurías del Club de Damas Influyentes. Y sus hermanas no querrían que la vieran con ella en público. Para todo el mundo ella sería la cómplice de un traidor.

Capítulo 3

Cuando se quedó sola, lo primero que hizo fue sacar el dinero y las joyas de la caja fuerte. Después se sentó ante el escritorio y escribió varias cartas. Separó varios grupos de monedas y llamó a la servidumbre.

—Ustedes nos han servido con mucha fidelidad todo este tiempo, y por ello estoy muy agradecida, más los niños y yo debemos partir. Escribí cartas de recomendaciones para todos ustedes, y les hago entrega del salario correspondiente a dos meses. Ustedes son libres de marcharse en el momento que deseen a partir de ahora, o esperar al nuevo lord que llega en dos días más, por si él quisiera sus servicios.

Le entregó uno a uno las cartas y el dinero. Ellos no estaban enterados de lo que ocurría y por lo mismo no comprendían por qué eran despedidos. Entre las miradas de incredulidad y el llanto de la doncella, el único que se atrevió a preguntar fue el mayordomo.

—¿Por qué nos despide, milady? ¿Y milord?

—Lord Orchmond está muerto.

—Entonces, es por eso...

—Señor, Bell —lo interrumpió ella—, si nadie se queda, le ruego que usted sea el último en marcharse para que haga entrega de las llaves al nuevo dueño de la propiedad.

—Sí, milady. Como usted diga. —El mayordomo comprendió que no tendría más información de su señora, y resignado, inclinó la cabeza.

—Ahora, se pueden retirar.

Violet no dijo nada más, y tampoco miró a sus sirvientes a la cara. Si se quebraba en ese momento, no sabía si sería capaz de continuar adelante. Así que se puso de pie y se acercó a la ventana. Todos salieron, pero alguien permaneció de pie ahí, esperando.

—¡Milady, por favor lléveme con usted! —imploró la doncella a su espalda.

—No puedo llevarte a un destino incierto. Tu madre no me lo perdonaría. Le prometí cuidar de ti, y por eso no te puedo arrastrar a una aventura que puede resultar peligrosa.

—¡Pero, milady

—Retírate, por favor. No hay nada más que hablar.

La doncella le dirigió una última mirada suplicante antes de salir de la habitación, pero sin resultado.

Luego Violet subió a su habitación a encerrarse a llorar, pues eran las últimas lágrimas que se permitiría en este aciago momento: las mujeres débiles no salían adelante.

—Necesito tres pasajes a Perth, en el siguiente barco —pidió Violet, vestida de riguroso negro, al hombre de la ventanilla.

—¿Perth, Australia? —preguntó el hombre de visera y manguillas negras, con indolencia.

—Sí.

—La próxima semana sale uno.

—No puedo esperar tanto. Tiene que ser para hoy mismo, o mañana a lo sumo.

—Lo siento, pero eso va a ser imposible.

—¿Y ese? —preguntó Violet con impaciencia, señalando con la mano uno de los tantos que estaban atracados en el puerto, y que tenía pintado el nombre de Australian Pearl cerca de la proa.

—Es un barco de carga y no lleva pasajeros, mucho menos mujeres con niños pequeños — indicó el hombre, observando a los niños que intentaban ocultarse detrás de las faldas de su madre.

—Tengo dinero, puedo pagar bien por los tres boletos.

El hombre suspiró.

—No se trata de dinero, señora. El viejo capitán Mc Coy, jamás la admitiría a bordo de su barco. El hombre es un cascarrabias.

—¡Yo hablaré con él, por favor dígame dónde encontrarlo!

—Debe estar en algún puterío del puerto —repuso él con una sonrisa en los labios, ignorando a propósito el rubor avergonzado de Violet.

—Los niños... No puedo llevarlos a un lugar así. ¿Los podría dejar con usted mientras voy en busca del capitán?

—Estoy trabajando, señora, no puedo estar al pendiente de un par de mocosos.

A pesar del temor que la invadía al tener que internarse por las callejuelas malolientes del puerto, Violet no se amilanó, y observó con prudencia todo lo que la rodeaba. Este era un mundo desconocido para ella: niños jugando en el fango, mujeres lavando la ropa en la pileta pública, hombres riñendo en la calle... Una vida tan diferente a la que había llevado hasta ahora, pero que no sabía si sería tan diferente a la suya desde ahora en adelante, pues algo le decía que sus días de bonanza habían terminado en las manos del verdugo del reino.

A lo lejos, vio una casa junto a una taberna, que se asemejaba a la descripción dada por el hombre del puerto: mujeres en la puerta abordando a los hombres que pasaban frente a ella.

—No se aparten de mí —les ordenó a los niños, mientras avanzaba con paso inseguro hacia el grupo de mujeres.

—Buenos días, busco al capitán Mc Coy —dijo de sopetón a la mujer que estaba más cerca.

—Hoy no lo hemos visto, querida —repuso una mujer rubia, luciendo sus torcidos dientes.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—A esta hora debe estar enredado en la cama de su novia.

—Pero, me dijeron que...

—No siempre, Linda. También visita a la pequeña Lucy, su novia.

—¿Me puede decir dónde vive?

—Sobre la carnicería que está dos calles más arriba.

—Muchas gracias, iré a buscarlo allí.

—De nada, querida. Si necesitas trabajo puedes regresar cuando quieras. pagan mucho por las damas finas.

Violet no respondió, tomó a los niños de la mano y se marchó a paso ligero.

—Mamá, tengo hambre —se quejó de pronto el pequeño Tyler. Habían salido de casa sin desayunar.

—Después que encontremos al capitán, buscaremos dónde comer algo, cariño. Ten paciencia, por favor.

—Yo no quiero comer aquí —el niño arrugó la nariz—, quiero ir a casa.

—No podemos ir más a casa. Haremos un viaje en barco, ¿recuerdas?

Ella sabía que la idea de una aventura lo dejaría tranquilo por un rato.

—Está bien —repuso él no muy convencido, y con el rostro enfurruñado.

Caminaron en la dirección que la mujer rubia le había indicado a Violet, hasta que encontraron una carnicería.

El lugar se llamaba The Happy Pig, un nombre bastante peculiar si se consideraba que no había forma de que un cerdo fuera feliz sabiendo que sería vendido en pedazos.

Violet pensó preguntar en la carnicería para estar segura de que era el sitio que buscaba, pero estaba cerrada. A un costado de la tienda había una puerta entreabierta, y luego de calcular que por obligación esa tenía que ser la entrada a la parte alta de la carnicería. Así que entró con los niños e intentó llamar a quien fuera que viviera allí.

—¡Hola! ¡Hola! —llamó dos veces en voz alta.

Desde arriba se escuchaban con nitidez la voz de una mujer y un hombre que charlaban y se reían, a pesar de estar detrás de una puerta cerrada al final de la escalera.

Ahora con más seguridad, agarró su falda para no enredarse en ella al subir, y les pidió a los niños que la siguieran. Cuando llegó al final de la escalera, se paró en frente de la puerta y golpeó con suavidad, pero nadie respondió al llamado.

Contrariada por no obtener respuesta, alzó la mano y golpeó la puerta con más fuerza esta vez. A los pocos segundos pasos suaves se acercaron a la puerta abriendo la misma, y una mujer de muy baja estatura con rostro de porcelana, observó con ojos amistosos a los recién llegados.

—Buenos días, ¿usted es Lucy? —saludó Violet, animada por la sonrisa de la mujer—. Estoy buscando al capitán Mc Coy. Me dijeron que podría encontrarlo aquí.

Capítulo 4

—¡Mc Coy, te buscan aquí! —gritó la mujer con una voz casi infantil —. Pasen por favor, él vendrá en seguida.

Violet aceptó el ofrecimiento y traspasó el umbral con los niños. Adentro había un delicioso aroma a panecillos recién horneados y bacon recién cocinado. El estómago de Violet reclamó, al igual que el de los niños.

—¿Quién me busca? —preguntó el hombre que apareció de pronto de atrás de una cortina.

El capitán Mc Coy, era un hombre corpulento con una prominente barriga, y el cabello que alguna vez fuera pelirrojo, ahora lucía amarillento por causa de las canas, ya que tendría alrededor de cincuenta años, según los cálculos de Violet.

—Necesito que me lleve a Australia en su barco. Pagaré lo que me pida.

El hombre rio a carcajada limpia.

—¡No me diga!

—Puedo hacerlo —insistió ella, abriendo su pequeño bolso de mano en el que traía parte de sus posesiones de valor.

El hombre continuó riendo y Violet lo miraba sin entender.

—¿Qué ocurre?

—Imagino que le dijeron que yo solo transporto carga.

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que no le ha quedado claro?

—Pensé que podía hacer una excepción.

—Se equivocó. Ni siquiera la pequeña Lucy se ha subido a mi barco, ¿no es verdad, cielo?

—Sí, cariño, no conozco tu barco por dentro.

—Ahí tiene... Ahora si me disculpa, tengo que despedirme de mi novia.

Violet tomó la mano de los niños y salió con la cabeza gacha del lugar. Tendría que intentar con otro barco, aunque tuviera que ir de país en país hasta llegar a su destino. Tyler seguía protestando a causa del hambre que sentía, pero ella prefirió volver al puerto antes de buscar dónde desayunar.

Esta vez no fue a la ventanilla de venta de boletos, prefirió ir ella misma a preguntar al muelle. Así comenzó una larga caminata entre cajas, cadenas y amarras que obstaculizaban el paso, pero era la mejor forma de averiguar. Consultó en ocho embarcaciones y en todas le respondieron lo mismo: “solo carga”. En el noveno barco estuvieron dispuestos a llevarlos, pero existía el gran problema de que se trataba de un viaje a África, sentido contrario hacia donde necesitaban ir, y no sabía si el dinero y las joyas le alcanzaría para dar un rodeo tan grande. Prácticamente dándose por vencida, resolvió buscar dónde comer. Los niños necesitaban una merienda, pues hacía mucho

que había pasado la hora de desayunar.

Se internaron nuevamente por las callejuelas del puerto, hasta que encontraron una taberna que a Violet le pareció más o menos limpia y decente. Si iban a tener que quedarse una semana más en Inglaterra más valía que se fueran acostumbrando, ya que ella no pensaba hospedarse en la parte alta de la ciudad y arriesgarse a ser reconocida.

Violet escogió una mesa lo más alejada posible del resto del salón, y ordenó leche y pastelillos para los tres.

Al principio Tyler y Francis, estuvieron reticentes a ingerir los alimentos, pues la presentación era muy diferente a lo que estaban acostumbrados, pero el aroma y el hambre fueron más poderosos y dieron cuenta de casi todos los pastelillos, dejando apenas uno para la madre.

Mientras ellos comían, Violet los observaba con tristeza, y las lágrimas tanto tiempo contenidas pugnaban por salir, pero ahora tampoco era el momento de dejarlas fluir, así que fingiendo tener una basurilla en el ojo se limpió con un pañuelo.

A pesar de la aparente incomodidad que sentían, los niños charlaban animadamente comentando la aventura que estaban próximos a emprender, Violet continuaba observándolos a la vez que se preguntaba cuándo preguntarían por su padre.

Lord Orchmond acostumbraba a salir de viaje bastante a menudo, así que para sus hijos era normal que estuviera ausente por períodos largos y que por ende no participara en su “gran aventura”, como la llamaba el pequeño Tyler.

Mientras tanto, el corazón de Violet nadaba entre la ira y la decepción. Se preguntaba qué harían entretanto zarpaba el siguiente barco a Australia. Todo sería tan diferente si el capitán Mc Coy les brindara su ayuda, pero mejor ni pensar más en eso. Así mismo sopesaba las otras posibilidades que tenía: llevarse de inmediato a los niños al norte del país, o a Escocia, inclusive Irlanda, pero ¿por cuánto tiempo estarían tranquilos? Empezar un viaje hacia Australia, un país totalmente desconocido y lejano, suponía exponerse ella y a los niños al peligro, pero era la única forma de comenzar de nuevo. Aunque se estuvieran refugiando en una colonia británica, había muchas millas de distancia entre su hogar y esta nueva tierra.

De pronto, unos gritos la trajeron de regreso a la realidad: en otro extremo del salón, dos hombres sentados a una mesa se lanzaban improperios.

Sobre la mesa había varias jarras, y los hombres tenían ante sí una baraja de cartas desparramadas.

—¡Te vi, infeliz, esa carta la hiciste aparecer ahora! ¿Es que acaso ahora eres mago? — protestaba airado uno de ellos.

—Y tú estás viendo visiones, tanto tiempo en altamar te ha hecho mal para la cabeza —se defendía el otro en voz baja.

En este punto, Violet comenzó a poner atención a la riña, y tuvo que frenar a los niños que estaban ansiosos por acercarse a observar.

—¡Por idiota te quitaré todo! —anunció el hombre que estaba de espaldas a Violet, y que a cada instante parecía más airado.

—No seas mañoso, Mc Coy, ya te dije que no es verdad —continuaba defendiéndose el otro.

¿Mc Coy? ¿En qué momento había llegado que ella no lo vio? ¿O ya habría estado allí cuando

ellos llegaron y ella no se dio cuenta?

—¡Yo te voy a enseñar a engañar!

Mc Coy se puso de pie levantando los puños con actitud amanzanate.

—¡Aquí nadie se va a liar a golpes! —gritó el tabernero—. ¡Arreglen sus diferencias afuera de mi establecimiento! ¡Mc Coy, todavía no termino de reponer las sillas que destrozaste la última vez! ¡Fuera los dos!

El capitán salió dando traspiés de la taberna. A prisa, Violet, buscó unas monedas en la bolsa y las dejó encima de la mesa. Tomó la maleta y les ordenó a los niños que la siguieran, debían ir tras el capitán Mc Coy.

Capítulo 5

Los tres corrieron detrás del capitán, quien a pesar de su mal humor y sus pasos inseguros, caminaba rápido.

—¡Capitán Mc Coy! ¡Capitán!

El hombre continuaba avanzando en dirección al puerto.

—¡Capitán Mc Coy! —lo llamó Tyler, adoptando con esfuerzo una voz de adulto.

El capitán frenó sus pasos y se dio la media vuelta a mirar. Violet miró agradecida a su hijo.

—¿Qué quieren?

—Perdón por insistir, pero necesitamos viajar en su barco. Es imperioso que lo hagamos lo más pronto posible.

El capitán la miró con sus ojos azul oscuro como la noche, y soltó una sonora carcajada.

—Aunque fuera la reina, señora, ya le dije que no y es mi última palabra.

—¡Por favor, capitán! Le aseguro que no estorbaremos, y nos mantendremos a distancia de sus hombres.

—¿Cómo quiere que se lo diga para que me entienda? El Australian Pearl no lleva pasajeros.

Mc Coy estaba cansado de repetir lo mismo, la mujer era más terca que una mula.

—¡No podemos esperar una semana más!

—Por favor, no insista.

—Mi esposo está muy enfermo en Perth, y mucho me temo que no alcancemos a verlo con vida si tardamos mucho. —Violet se sintió muy mal por tener que mentir descaradamente, pero ya no tenía argumentos para convencer al capitán.

Tyler, dándose cuenta de lo que pretendía su madre, le dio un fuerte pellizco a su hermano, quien comenzó a sollozar casi a gritos por el dolor.

Mc Coy se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Luego se acercó lo suficiente a Violet como para echarle todo su tufó alcohólico en el rostro.

—Si acepto tendrá que hacer dos cosas, señora.

—¿Qué? —preguntó Violet con voz trémula imaginando lo peor.

—Cocinar para nosotros y no andar pavoneándose delante de los hombres.

—¡Acepto! —exclamó ella de inmediato, olvidando que no sabía cocer ni un huevo siquiera—. ¿Le pago ahora?

—Solo me pagará por los chicos, ya que usted realizará un trabajo no remunerado arriba de mi barco.

Violet, comenzó a buscar de inmediato el dinero, pues estaba más que agradecida.

—No. Cuando aborden... Deberán estar antes del amanecer en el muelle, pues zarparemos en

cuanto aparezca el primer rayo de sol en el horizonte.

—¿Y qué hacemos esta noche?

Mc Coy, que ya se había dado cuenta de que ella no era una mujer de los arrabales, le indicó que fueran a la casa de Rossy. La mujer rentaba habitaciones más decentes que las de los hoteles de mala muerte del puerto.

—Gracias por la oportunidad, capitán —dijo ella antes de tomar a los niños de la mano, para dirigirse a la dirección de la casa de Rossy.

—Espero no arrepentirme —repuso él antes de ponerse nuevamente la gorra.

Antes de irse a dormir la borrachera, el capitán llamó a su segundo a bordo.

—¡Griffin!

Juan Griffin estaba supervisando la carga, pero al escuchar la voz del capitán dejó de inmediato lo que estaba haciendo.

—¿Cómo va la carga?

—Estará todo listo antes de que anochezca, capitán.

—Bien... Griffin, necesito que acondicione un camarote. Uno de los que están más cerca de la cocina.

—El único es el suyo, capitán.

—Es demasiado pequeño. Necesito que quepan tres.

—Si me permite preguntar: ¿para qué quiere un camarote especial?

—Voy a llevar una pasajera hasta Perth.

—¡¿Cómo?! ¿Se ha vuelto usted loco?

—Griffin.

—Disculpe, señor. Pero usted sabe lo peligroso que es eso. ¿Quién es ella? ¿La señorita Lucy?

—Una mujer con sus dos hijos, que viajan a ver a su esposo y padre quizás por última vez. Esos niños llorando por su padre, me rompieron el corazón.

—Quién diría que tiene un corazón —se mofó Griffin.

—No te pases, Juan.

—Es que no puedo dejar de estar extrañado.

—Se parece a mi hija.

—La que murió.

—Sí. Se parece a mí Meghan. —De pronto el rostro del capitán se ensombreció—... ¿Qué haremos con lo del camarote, Griffin?

—Se me ocurre que podemos habilitar una de las bodegas pequeñas. Ahí puedo instalar unos catres. Además, si está cerca de su camarote la podrá vigilar.

—Magnífica idea, Juan, no sé qué haría sin ti.

—Ni yo tampoco —repuso Griffin con una sonrisa socarrona.

—¡Griffin!

—Voy a continuar con la carga, para encargarme luego de lo otro.

—Y yo me echaré un rato.

Juan solo asintió con la cabeza. La verdad era que ambos se querían casi como si fueran padre e hijo. Desde que se habían conocido hacía veinte años atrás, Juan Griffin nunca se había despegado del lado del capitán.

Juan Griffin tenía diecisiete años cuando se había embarcado de polizón en el barco de Mc Coy, en el puerto de Valparaíso, en Chile. El capitán había estado a punto de tirarlo por la borda cuando lo descubrió, pero al agarrarlo de la camisa vio unos feos cardenales en el cuello del joven. Debido a la diferencia idiomática, el capitán no pudo interrogarlo, pero la actitud defensiva que Juan adoptaba cada vez que él levantaba la voz, lo hizo sospechar que el chico estaba huyendo. Más tarde averiguaría que Juan padecía bajo los puños del padre. Así fue como Juan Griffin pasó a formar parte de la tripulación, pero Mc Coy le advirtió en su jerga irlandesa que tenía que aprender su idioma, pues él no pensaba aprender español.

La habitación que Rossy le rentó a violet, no era para nada elegante: las cortinas y la colcha estaban raídas, al igual que la alfombra, pero estaba limpia y olía muy bien. Según la mujer, esa era la mejor habitación de la casa, y solo contaba con una cama matrimonial, pero lo suficientemente grande para que en ella cayeran cómodamente Violet y sus hijos.

—¿Qué comeremos? —preguntó Tyler.

—No sé, cariño. Salgamos a comer algo. Dejaremos la maleta, pero llevaremos el bolso pequeño, ya que ahí están nuestros valores. Si se llegara a perder...

—Está bien, pero hablemos de papá primero, ¿por qué no vendrá con nosotros?

—Sí, mamá, ¿por qué no viene? —repitió Tyler casi como un eco.

Violet se estrujó las manos. ¿Cómo comunicar a sus pequeños una noticia tan horrible?

—Papá no vendrá —intentó que su voz sonara lo más serena posible—. Ha ocurrido un hecho lamentable que le impide estar con nosotros.

—Más adelante sí, ¿verdad?

—No, Francis. Papá no vendrá ahora, ni nunca.

—¿Es que acaso no nos quiere?

—No es eso, cariño... Su padre está muerto.

Capítulo 6

Los niños miraron a su madre con ojos llorosos, y entre sollozos preguntaron qué había ocurrido, y aunque ella no pretendía sembrar la cizaña en sus jóvenes corazones, debía contarles la verdad, aunque fuera a medias.

—Su padre fue perjudicado por gente sin escrúpulos.

—¿Quiénes fueron, mamá? ¡Yo lo vengaré! —Tyler estaba exaltado.

—No será necesario, cielo. Ese mal hombre ya está muerto.

Pensó que esta era explicación suficiente para dejar satisfechos a sus hijos. Por fortuna, o no, tendrían una nueva vida y el pasado quedaría atrás. Más, el dolor permanecería dentro de ellos como una huella imborrable.

—Pero no entiendo por qué tenemos que irnos a Australia.

—Papá tenía planeado emigrar a Australia, y me pidió que nosotros lo hiciéramos de todos modos.

—Es porque lo hemos perdido todo, ¿no? Si a papá lo condenaron, yo ya no podré ser conde. —Tyler era muy astuto a sus trece años.

—Digamos que es la oportunidad de comenzar una nueva vida.

—Mamá, ¿extrañas a papá? —Tyler no parecía tener la intención de dejar de interrogar a su madre.

—Demasiado. —Los ojos de ella estaban empañados a causa de las lágrimas que luchaban por correr libremente, sin embargo, se abstuvo. Era el momento de mostrar fortaleza ante sus hijos—. ¿Qué les parece si vamos a comer algo?

—Yo no quiero —se negó Tyler—, estoy cansado.

—Entonces iré sola, no tardaré.

—¡Pero yo quiero ver el mar! —protestó Tyler.

—Cariño, verás tanto mar que vas a aburrirte, te lo aseguro. Cuida a tu hermano y no salgan del cuarto.

Al poco rato, Violet regresó con pescado y papas fritas envueltos en papel.

—¿Ahora, siempre comeremos así? —preguntó Tyler que era el que ponía reparos a casi todo.

—Por ahora, sí. Cuando llegemos a casa de la prima Bertha, todo será diferente.

Esa noche, los niños se durmieron pronto. Las emociones del día acabaron por rendirlos temprano. Violet los observó y dio gracias a Dios, porque los corazones jóvenes se recuperaban más rápido de los golpes de la vida.

Por su parte, ella no pegó un ojo en toda la noche. Temía que el cansancio también la dominara

y no fuera capaz de despertar antes del amanecer.

Violet siguió al pie de la letra las instrucciones del capitán Mc Coy, y sacó prácticamente dormidos a los niños de la cama, para asegurarse de estar en el muelle antes del amanecer.

Al aproximarse al puerto, percibió que había varios barcos listos a soltar amarras, y a pesar de que aún estaba oscuro, el bullicio era enorme. Las voces de los hombres que impartían o recibían órdenes, ya fuera a bordo de los barcos, o en la plataforma del muelle, se confundían con voces de los familiares que estaban allí para despedir a sus esposos, padres, o hijos.

Con cierto temor, Violet se acercó al Australian Pearl junto a sus hijos.

Se quedaron de pie un costado de la escalera hecha de tablones y sogas. Era la única conexión entre el barco y la plataforma, y se movía peligrosamente cada vez que alguien subía o bajaba, sin prestar atención a esos tres que observaban el barco con temor. Violet estaba pensando en cómo llamar la atención de alguno para preguntar por Mc Coy, cuando este apareció detrás de ella.

—¡Vino, milady! Yo estaba apostando a que no lo haría.

—Ya le dije que es una cuestión de vida o muerte —repuso ella, bastante contrariada.

—Subamos entonces. En pocos minutos veremos los primeros rayos de sol. ¿Ese es todo su equipaje?

Violet observó el bolso grande que llevaba ella, y el más pequeño que cargaba Tyler. Creyó que con eso bastaría pues al llegar a Perth, podrían comprar ropa nueva, pero no calculó la larga travesía en barco.

—Sí, ¿por qué?

—Las damas acostumbran a viajar con enormes baúles.

—Yo no.

—Subamos ya.

El capitán Mc Coy cogió el bolso grande y después les enseñó cómo afirmarse de la cimbreante escalera que oscilaba con cada paso que daban. Los niños lograron subir rápidamente ya que para ellos era casi un juego, pero Violet estuvo varias veces a punto de caer. Varios hombres al percatarse de que una mujer estaba subiendo al barco, corrieron presurosos para auxiliarla en el abordaje.

—Tranquilos, muchachos. No se emocionen tanto. La señora es una dama respetable, y no se van a propasar con ella, ¿entendido?!

—¡Sí, capitán! —respondieron los que alcanzaron a escuchar.

Violet estaba cohibida, entretanto, los niños observaban fascinados a su alrededor.

—¿Podemos estar en la cubierta cuando el barco zarpe, capitán? —preguntó Tyler de improviso.

—¡Tyler, no molestes al capitán! —lo reprendió Violet con severidad.

—Si se quedan quietos, pueden permanecer sobre el castillo de proa. ¿Saben dónde es?

—Allá —respondió el niño apuntando hacia el frente.

—Sabes de barcos, ¿eh?

—Me gustan, señor.

El hombre puso una de sus grandes manos sobre la cabeza de Phillip y le revolvió el cabello.

—¡Griffin!

De una puerta del alcázar, apareció un hombre muy alto, moreno, que inmediatamente posó sus ojos sobre Violet haciéndola sentir incómoda. Ella desvió la vista hacia el río, y como si lo hubiera llamado, el primer rayo de sol, vino en su auxilio.

—Griffin, es hora de zarpar. Señora, vaya con sus hijos al castillo de proa. En cuanto alcancemos el mar abierto se pueden acomodar.

—¿Dónde es eso? —preguntó Violet confundida—. Me refiero al castillo.

—Vamos, mamá, yo sé —dijo Tyler haciéndose cargo de la situación.

—Eso sí, no se acerquen mucho a la borda.

—¡Sí, mi capitán! —exclamó el niño, como un marinero que recibe una orden.

Capítulo 7

Violet mantuvo firmemente abrazados a sus hijos contra su cuerpo. Se escuchó un fuerte ruido cuando la polea, manejada por varios hombres fuertes, comenzó a subir el ancla desde el fondo del mar.

El barco se agitó, ya era hora de zarpar.

A continuación, comenzó la actividad a bordo, y en el ambiente se escucharon los gritos de Juan Griffin dando órdenes, mientras el capitán Mc Coy observaba atento las maniobras junto a Violet y los niños.

Los niños no se perdían nada de lo que estaba ocurriendo a bordo del barco, en cambio Violet observaba con pesar cómo el barco se alejaba del puerto. Ahí se quedaba su amor, sus ilusiones, su vida. Por un momento tuvo la idea de esperar a que el barco se internara en alta mar y lanzarse a las profundidades abrazada a sus dos hijos. Que esas aguas grises los recibieran como un manto de olvido para que todas sus penas quedaran sepultadas bajo las profundidades del mar. Sin embargo, eso sería demasiado egoísta de su parte. Sus hijos no tenían fortuna, pero tenían toda una vida por delante. Vivirían sus propias experiencias. Podrían labrar su propio futuro, y conquistarían sus propios amores. No. Por mucho que la depresión la atormentara, no podía cometer un acto de tal bajeza.

No lejos de allí Juan Griffin observaba la escena intrigado, ¿qué podría ocurrirle a esta mujer para que ese rostro tan hermoso estuviera cruzado por la angustia y las preocupaciones? ¿Por qué estaba sola con sus hijos? ¿Qué hombre era ese que permitía que su mujer viajara sola con dos pequeños? Porque esa historia del marido muriendo en Australia no se la creía ni por un instante.

—¡Griffin! —gritó de pronto el capitán desde el puente.

Juan sacudió la cabeza para volver a la realidad, y acudió rápidamente al llamado de Mc Coy.

—Señora... —comenzó el capitán.

—Bellamy. Mi nombre es Violet Bellamy, capitán.

—Bien. Señora Bellamy, le presento a Juan Griffin, y por favor no pregunte por qué se llama así, o puede hacerlo más tarde si desea. Juan es mi segundo. Mis ojos y mi voz cuando yo no estoy presente. Si necesita algo y no me encuentra se lo puede pedir a él, a nadie más, ¿entiende?

—Sí. Gracias, capitán —respondió ella sin comprender el porqué de la recomendación.

—Juan, la señora Bellamy y sus hijos nos acompañarán hasta Australia. Durante el viaje, ella será ayudante de cocina. Por lo que te pido que vigiles que los hombres no se sobrepasen con ella. Así mismo buscarás a los más idóneos que cuiden a los chicos para que no se metan en problemas.

—Sí, capitán —respondió Juan, percibiendo que a la señora no le hacían demasiada gracia las órdenes de Mc Coy.

—Disculpe, capitán —repuso Violet—, pero soy muy capaz de cuidar de mí y mis hijos.

—Le creo, señora. Pero no olvide que viaja en un barco con más de treinta hombres, que matan

su tiempo libre con la bebida. Le aseguro que no le gustará encontrarse con algunos de ellos por la noche. Además, sus hijos necesitan que los vigilen mientras usted trabaja.

—Lo siento, capitán. Creo que me precipité. Muchas gracias.

—Ahora, Juan le mostrará su camarote, y luego le presentará al cocinero para que le indique sus deberes.

Dicho esto, Mc Coy se dio la vuelta y se alejó dejando a Violet con la palabra en la boca.

—Señora Bellamy, vengan conmigo por favor.

Juan Griffin condujo a la pequeña familia por todo el largo del barco, bajo la mirada curiosa de los hombres, hasta llegar al castillo de popa, lugar en el que se encontraba la puerta para descender bajo la cubierta de la nave. Luego de sortear la estrecha y empinada escalerilla, el segundo al mando los condujo por entre hamacas, sacos, y apareo. El olor a encierro y a humedad salina le provocó escozor a Violet en su fina nariz. Pensar que tendría que navegar varios meses en ese ambiente, la llenó de angustia una vez más. Por fin, luego de muchos saltos para sortear los obstáculos del piso, llegaron ante unas puertas cerradas. Estas eran cuatro. Juan le explicó que una correspondía al camarote del capitán, otra era la de la cocina, y las últimas dos eran bodegas. Diciendo esto abrió la que estaba junto a la cabina de Mc Coy, y no sin algo de ceremonia les presentó la que sería su habitación durante la larga travesía hasta Australia.

Cuando Violet observó los tres catres casi amontonados en el pequeño agujero que Mc Coy había llamado camarote, lo que la invadió no fue angustia, sino una franca desesperación.

—¿Aquí vamos a dormir? —preguntó con voz trémula por la desolación.

—Sí, señora.

Los pequeños lechos estaban cubiertos con unas mantas raídas que habían perdido el color hacía décadas, y las sábanas ennegrecidas parecían hechas de sacos de harina. Violet estuvo segura que en cuanto su fino vestido negro rozara esos catres, quedaría de inmediato inservible.

—¿Dónde... Dónde haremos nuestras necesidades? ¿Hay letrinas?

Juan Griffin, azorado, salió un momento, para luego regresar con un cubo que dejó junto a la puerta.

—Esto es lo que usamos a bordo, señora.

—¡Oh!

—En quince minutos vendré a buscarla para presentarle al cocinero, señora Bellamy.

—Está bien. Gracias, señor Griffin.

—Solo llámeme Griffin, señora Bellamy. El señor está en el cielo.

—No lo comprendo.

—Es un dicho de mi tierra. Quiere decir que solo Dios puede ser tratado como Señor.

—Comprendo. Pues bien. Gracias, Griffin.

Violet sonrió por primera vez, y Juan sintió como si mil soles iluminaran la sucia bodega, ahora llamada camarote.

Desde ese momento, Juan Griffin, segundo de a bordo del Australian Pearl, se designó a sí mismo como guardián absoluto de Violet y sus hijos.

—Podrán comer algo también —agregó Juan al escuchar el sonido característico en el estómago de Francis.

—Gracias, Griffin.

El hombre cerró la puerta tras de sí, y Violet se dejó caer pesadamente sobre uno de los catres. Tenía deseos de llorar a gritos, pero por el bien de sus hijos no lo haría.

—Mamá, ¿de verdad piensas trabajar como cocinera? —la voz de Tyler se oía preocupada. Su madre en casa solo entraba en la cocina para decirle a Bertha lo que debía preparar. Él nunca la vio quitarle la cáscara a un huevo, o cortar una pieza de pan.

—Sí, Tayler. Recuerda que el capitán puso esa condición para admitirnos en el barco. Tú cuidarás de tu hermano, y prometerás que se van a comportar.

—¿Por qué no les dijiste que eres Lady Orchard?

—Porque no quiero que piensen que poseemos más de lo que tenemos. Además, hay personas que sienten prejuicios hacia los nobles.

—¿Somos nobles, mamá? —preguntó de pronto Francis.

—Ya no, hijo. Solo somos personas comunes y corrientes buscando un nuevo destino.

—Paddock, esta es la señora Bellamy. Ella te asistirá en la cocina durante este viaje.

—¿Una mujer en mi cocina? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora, te estoy diciendo, Paddock.

El hombre, que era extremadamente enjuto, con un rostro demacrado, y de labios igualmente pálidos que sostenían una humeante pipa, la observó con los ojos entrecerrados.

—No servirá. Es demasiado fina. Apostaría que no sabe pelar ni una papa.

Violet lo miró con altivez, estirando la cabeza para verse más erguida.

—Póngame a prueba.

—Eso no será necesario, señora Bellamy, es orden del capitán y punto. —Enseguida, Juan dirigió su vista hacia los niños—. ¿Quieren ir a conocer el resto del barco?

—¡Sí! —gritaron ambos niños al unísono.

—Vamos, cuando regresemos su madre les tendrá preparado el desayuno.

Los niños se fueron felices detrás de Juan Griffin, y Violet sintió que los estaba perdiendo gracias a las atracciones que ese enorme barco representaba para ellos.

—Bueno, señora, su primera misión será preparar el desayuno para sus hijos. Por suerte este no es un barco pobre y encontrará de todo lo que le apetezca comer. Si busca encontrará harina, huevos, pan, leche, salchichas, frijoles de ayer, inclusive algunos pastelillos. Lo que se le ocurra lo encontrará en esta cocina.

Violet observó confundida a su alrededor: no sabía cómo preparar el bacon, ni freír las salchichas, con suerte podría cortar el pan. Sin embargo, armándose de valor, trayendo a su cabeza los recuerdos de cuando era niña y veía a su madre desenvolverse en la cocina, descolgó una enorme sartén. Luego de ubicarla sobre uno de los fogones encendidos, buscó por todas partes hasta encontrar la manteca, lanzando una sonrisita de triunfo al conseguirlo. Esperó un momento

hasta que la pasta aceitosa estuviera derretida por el calor, y rompió tres huevos encima. Enseguida se dio a la tarea de buscar las salchichas. Tardó tanto en encontrarlas que los huevos se recocieron en la sartén. Ignorándolos, cortó las salchichas en trozos pequeños y las arrojó de golpe sobre la preparación, pero el calor excesivo hizo que estas chisporrotearan salpicándola de manteca caliente.

—¡Ay!

Capítulo 8

—¡Pero, qué hace, mujer!

—Lo que usted me dijo, señor Paddock. Le preparo el desayuno a mis hijos.

—En primer lugar, esos huevos ya no sirven —diciendo esto, el cocinero levantó la enorme sartén del fuego y arrojó el contenido a la basura—. En segundo lugar, lo primero que debe aprender es a ser humilde y reconocer que necesita aprender antes de intentar siquiera trabajar en mi cocina.

Violet guardó silencio, mientras el hombre mojaba un trapo para refrescar la quemadura.

—Le quedará una marca fea —le dijo, mirándola por vez primera con cierta empatía—. Yo sé perfectamente que jamás ha cocinado en su corta vida, entonces ¿por qué está aquí?

—Es el precio que me cobró el capitán por llevarnos a Australia.

—¿Y usted, no le informó que no sabía?

—No.

—En buen lío se ha metido.

—Lo sé. Pensé que sería sencillo.

—Por ahora le ayudaré, y poco a poco le iré enseñando y dando tareas sencillas.

—Gracias, señor Paddock.

—Llámeme Paddy, como lo hacen todos.

Cuando Juan regresó con los niños, encontró al cocinero y a Violet charlando animadamente y compartiendo una taza de té. La punzada de celos que sintió horadó su estómago. Paddock tenía la edad para ser el padre de la señora, pero era hombre, al fin y al cabo. Y ella, era preciosa cuando reía: sus ojos empequeñecían, y la pequeña nariz se arrugaba de una forma muy graciosa.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Francis, llamando la atención de su madre.

—Ya están de vuelta.

—Y con hambre —añadió Tyler.

—El desayuno ya está listo —informó Paddock—. Vean las delicias que les preparó su madre.

—Se ve todo delicioso. Gracias, mamá.

—Tyler, yo, no.

—Su madre es muy modesta —dijo el cocinero guiñándole un ojo a Violet—. Coman antes de que se enfríe.

Ella volvió a reír y los niños la imitaron, sin saber a qué se debía la risa. Viendo esto, Juan se dispuso a hacer abandono de la cocina, pero apenas alcanzó a poner un pie fuera de la puerta cuando un hombre llegó llamando a gritos a Paddock.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre, contrariado.

—A uno de los hombres se le cayeron unas cajas sobre el pie izquierdo, parece que se le rompió.

—¡Eso! Pensé que se había muerto alguien.

—Bueno, el hombre grita mucho, Paddy.

El cocinero abrió un armario que estaba junto a la puerta, y de su interior extrajo un maletín negro.

—¡Vamos! —ordenó al otro hombre, mientras arrojaba el mandil a un lado.

—¿Paddy es médico? —preguntó Violet, cuando los otros hombres salieron.

—Solía serlo.

—¿Qué hace en este barco?

—Esa historia tendrá que preguntársela a él, señora Bellamy. Paddock es un hombre muy cerrado en cuanto a su vida personal... Yo iré a ver qué sucede, usted puede seguir ocupada preparando delicias. Cuando sepa cómo está la situación arriba, regresaré por los niños para que no se queden encerrados aquí.

—Gracias, Griffin.

—Por nada, señora.

—Griffin, ¿por qué se llama Juan? ¿Es español?

—No. Chileno.

—¿Chileno? —preguntó ella, pronunciando la palabra con dificultad—. ¿Qué es eso?

—Significa que provengo de Chile. Un país largo como un guisante ubicado al sur de América.

—¡Yo sé dónde es, mamá! —saltó de inmediato Tyler.

—¿Y qué hace en un barco británico? —preguntó ella, ignorando a su hijo.

—Quizás otro día se lo cuente, señora. Por ahora no tengo tiempo.

Después de decir estas palabras que sonaron groseras a los oídos de Violet, Juan hizo abandono de la cocina.

Después que los adultos salieron, Violet observó a sus hijos comiendo con apetito. Luego observó su elegante vestido negro, sucio y con algunos desgarrones, y eso que aún no terminaba el día. Sin embargo, eso no le importo, puesto que, gracias al bullicio, y el ajetreo del barco, no había pensado en su triste situación desde hacía horas.

Después miró a su alrededor buscando qué hacer mientras regresaba Paddy, cómo no sabía qué tenía planeado para alimentar a la tripulación, se dispuso a lavar los trastos sucios. En eso estaba cuando regresó el cocinero. Se le notaba fatigado. Violet intentó confortarlo de la única forma que sabía: le sirvió una taza de té caliente, cuando él se dejó caer en una silla.

—Gracias, señora.

—¿Está muy mal el herido? ¿Fue grave?

—Se trituró los huesos del pie. No sé si lograrán soldarse. Iniciamos recién el viaje, y estamos

muy lejos de cualquier puerto.

—¿Podría perder el pie?

—Sí. Es lo más probable. El chico tiene apenas dieciséis años.

—¡Pobre!

—Estoy cansado de decirle a Mc Coy que se aseguren de estibar bien las cargas. Ahora está ahí, encerrado en su camarote con la botella de whiskey. Si no fuera por Griffin no sé qué sería de este barco.

Violet pensó que nadie diría que a bordo de un barco hay dramas como el de cualquier hogar.

—¿Ya pensó en lo que le dará hoy a la tripulación, Paddy? ¿Ellos no desayunan?

—En el mar nadie merienda, y temprano se comieron unos bollos, pan, y cerveza. Así que como es temprano no haremos nada hasta que sea hora de preparar la cena. Sin embargo, lo que sí debería hacer usted es cambiar su vestido elegante por algo más cómodo.

—¿Tiene hilo y aguja, Paddy?

—Creo que sí.

—La verdad es que no traje muchos vestidos, y me avergüenza decir que ninguno es sencillo, pero sé coser y puedo hacerles algunos arreglos.

—¡Perfecto!

Paddock se levantó de la silla y comenzó a revolver el interior de un cajón. Después de unos minutos, sacó con aire triunfal un rollo de hilo que traía prendida una aguja, y un par de tijeras.

—¿Y cómo es que tiene estas cosas?

—Un hombre solo debe saber arreglárselas... Tome, vaya a ver sus vestidos. Mientras tanto los niños y yo iremos de pesca.

—¿De pesca?

—Estamos en el mar, ¿o no?

—Entreguen sus chaquetas a mamá, están muy empaquetados.

En su camarote, Violet se dio a la tarea de desempacar sus vestidos que apenas eran tres, aparte del que traía puesto y comenzó a examinarlos para ver qué modificaciones podía hacerles para dejarlos más cómodos y por ende menos llamativos. Pero antes de empezar cerró la puerta y se desvistió quedando solo en enagua y calzones.

Lo primero que hizo fue quitar todos los botones que no cumplían más función que decorar. Luego se dedicó a retirar los holanes blancos de los puños. Pensó que si hubiera sabido cómo sería el viaje, habría intercambiado algunas prendas con las mujeres que servían en casa. Sus vestimentas habrían sido más apropiadas para una aprendiz de cocinera. Finalmente cogió los cuellos que complementaban los vestidos y desprendió de ellos todo encaje y perlas que complementaban la decoración de los mismos. Por último, cogió el único sombrero que había llevado consigo y lo despojó del velo y las cintas. Ahora se veía como un accesorio negro común y corriente.

Al terminar observó satisfecha su trabajo. Para no ser costurera, le habían quedado bastante

bien los remiendos en los lugares en que la tela había tenido que ser recortada. Conforme con los resultados se vistió nuevamente. Repentinamente sintió deseos de llorar: ella adoraba la ropa femenina, con esos toques elegantes que hacían la diferencia con esos vestidos grises de paño buriel.

Violet había tenido siempre de lo mejor. Phillip la adoraba, y le daba lo mejor y más caro, tanto así que en cada reunión social ella se podía jactar de lucir una joya nueva. Mismas joyas que ahora estaban escondidas debajo del catre en espera de ser transadas por algún servicio que ella y sus hijos pudieran necesitar en Perth.

Cuando terminó se dirigió a la cocina, Paddy aún no regresaba con sus hijos por lo que decidió subir a cubierta a buscarlos.

Mientras paseaba por el barco, sorteando obstáculos, siempre intentando no llamar la atención de los hombres lo cual no pudo evitar y pronto la mayoría comenzó a silbar y lanzarle palabras de admiración, o derechamente palabrotas obscenas que la hicieron sonrojar de la cabeza a los pies. Sintió deseos de correr nuevamente a la seguridad de la cocina, pero la necesidad de encontrar a sus hijos era mayor que el embarazo que la recorría por caminar entre la tripulación.

De pronto los vio cerca de proa y levantó la mano para llamarlos, pero con tan mala suerte que eso le hizo perder la concentración y casi cae al piso. Tres hombres se apresuraron a socorrerla, disputándose entre ellos por sostener alguna parte de su cuerpo. Ella intentó desprenderse de esas manos sucias sin éxito, y cuando ya se sentía perdida una sombra se cruzó por encima de todos. En un abrir y cerrar de ojos los tres hombres salieron literalmente volando. Era Juan Griffin que se había hecho cargo de la situación. Más allá el capitán Mc Coy observaba la escena con expresión adusta.

Capítulo 9

El capitán Mc Coy miraba severo a Violet, quien sentada en una silla se sentía como si estuviera en el banquillo de los acusados.

—¿Recuerda cuál fue la única exigencia que le puse para llevarla en mi barco?

—Que no me pasara por cubierta sola.

—¡Exacto! Y es lo primero que hizo.

—Señor... Capitán Mc Coy, buscaba a mis hijos.

—Sus hijos estaba con Paddy. Él jamás los pondría en peligro.

—Apenas lo conozco, capitán.

—No debe ser tan aprehensiva, señora.

—¡Pero! ¡Es lo único que me queda, si algo les sucediera, yo...! —En este punto, Violet no soportó más y las lágrimas comenzaron a caer como un manantial por sus mejillas sonrosadas.

—¡¿Qué dice?! —tronó el capitán—. ¡Usted me aseguró que iban a despedirse de su esposo en su lecho de muerte!

—No es verdad —continuó ella sin poder seguir ocultando la verdad—, mi esposo está muerto. Lo acusaron falsamente de traición. Lo despojaron de su título y posesiones. Vamos a Australia porque tenemos familia allá. Aunque mi esposo era inocente, ¿se imagina cómo sería la vida de mis hijos sin nos quedábamos?

El capitán Mc Coy lanzó un bufido mezcla de exasperación y lástima por esa mujer tan parecida a su difunta hija. ¿Qué haría con ella tan lejos de un puerto? Él odiaba a la gente fraudulenta, y por mucho que le doliera esta dama era una mentirosa.

—¿Cómo debo referirme a usted, milady?

—No, capitán, ahora solo soy señora.

—Tardaremos un buen tiempo en recalar en el próximo puerto, pero allí es dónde la dejaré si vuelve a ocurrir un incidente como el de hoy. Así que por el bien de sus hijos y el suyo mismo será mejor que obedezca mis instrucciones. ¡Griffin!

Juan había estado escuchando toda la conversación desde la puerta, por lo que hizo ingreso de inmediato en el camarote del capitán.

—¡No me digas que estabas detrás de la puerta! —lo reprendió el capitán.

—Estaba en la cocina —repuso Juan molesto, recordando que Mc Coy nunca había dejado tratarlo casi igual que cuando era un mocoso.

—Desde ahora serás la sombra de esta dama. Será tu responsabilidad si ella se mete en líos. Te vas a acomodar en la otra bodega para que puedas estar al pendiente de sus idas y venidas, las que no deberán sobrepasar la cocina.

—Como usted diga, capitán.

- ¿Es que acaso soy una prisionera? —preguntó Violet ofuscada.
- Enclaustrada, mi señora, y es por su propio bien.
- ¿Puedo retirarme, capitán?
- Sí. Vaya con sus hijos. Griffin, O’Connell te relevará en tus funciones mientras dure el viaje.
- Me aburriré como una ostra.
- No creas, te dará mucho trabajo —repuso el capitán haciendo un gesto hacia la puerta.

Desde esa mañana, Juan Griffin se convirtió en la sombra de Violet. Ella solo transitaba un par de pasos entre su camarote y la cocina. Los desechos acumulados los tiraba por la borda de noche, pero siempre escoltada por Juan. Sus hijos podían recorrer el barco a sus anchas, siempre y cuando hubiera buen tiempo. Habían ganado algo de peso y su piel lucía tostada por el sol, pero su aspecto en general era la de unos niños sanos que ya no extrañaban los lujos y comidas de Londres.

En cambio, Violet, estaba cada día más pálida, con enormes ojeras gracias a la falta de sol, sin embargo, había aprendido a freír los huevos sin quemarse. También era capaz de preparar platos sencillos, y elaborar pan casero. Juan la veía cada vez más desanimada y eso le preocupaba. Pocas palabras habían cruzado con esa mujer, pero eso y su sonrisa fue suficiente para que fondeara en su pecho. Sería por lo mismo que una de esas noches, esperó a que los niños estuvieran dormidos, y fue a golpear la puerta de su camarote.

Violet, ya se preparaba para meterse en la cama cuando escuchó movimientos afuera de su puerta, y luego un golpeteo suave como las alas de un pájaro. ¿Sería alguno de los hombres ebrios que habría perdido el camino hasta su litera? Rehusándose en responder, apagó el candil para que no se viera ningún halo de luz por debajo de la hoja de la puerta.

—Señora Bellamy.

—¿Juan?

—Sí, soy yo.

Violet se cubrió con un chal y abrió la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido.

—Es tarde —susurró ella.

—Vine por los desechos.

—Es tarde —repitió ella.

—Es a propósito, para preguntarle si quiere subir a cubierta. Solo un momento para que reciba aire fresco.

Violet vaciló, pero solo un breve instante. Entró al camarote, y regresó casi enseguida con el cubo de los desechos, y los botines puestos. Ni siquiera le importó que solo el chal y las frondosas enaguas la cubrían.

Subieron sin hacer ruido para no alertar a la tripulación que hacía la guardia de la noche. Ya en cubierta, Juan dirigió a Violet a estribor. Levantó el cubo y lo vació sobre el océano que a esa hora solo era una masa oscura que se movía de forma ondulante.

—No hay luna esta noche —dijo ella.

—Pero sí estrellas —puntualizó Juan.

Ambos alzaron la vista para observar la bóveda brillante.

—Nosotros somos tan pequeños ante tanta inmensidad —dijo Violet, casi con un suspiro.

—Cuando uno mira al cielo, en noches como esta, todos los problemas parecen insignificantes.

—¿Usted cree?

—Sí. Mire allá —le dijo, indicando con su mano—. A dónde más puede haber tanta perfección. Las estrellas no están dispuestas de cualquier forma, nuestro Creador las ubicó de forma tal para que no solo iluminen noches como esta, sino para que los navegantes se puedan guiar por ellas, y los enamorados puedan regalárselas a las mujeres que aman —terminó diciendo mientras buscaba los ojos de Violet dentro de esa oscuridad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Violet. ¿Qué pasaba? De pronto le pareció que una simple observación de las estrellas se estaba convirtiendo en algo más peligroso.

—Creo que es hora de regresar, Juan.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—Está bien.

Nuevamente Juan puso su mano en el codo de Violet para guiarla. Caminaron en silencio. Ella se sentía incómoda, no le gustaba la sensación que la proximidad de Juan le ocasionaba. Era una mujer viuda, decente, y en su vida no había ni habría cabida para devaneos fútiles. Lo único que importaba eran sus hijos. Se ocuparía de mantener a Juan Griffin lo más alejado posible, ya que su instinto femenino le indicaba que él estaba atraído por ella.

Tranquila con su conciencia, continuó dejando que Juan la guiara, pero cuando faltaban pocos metros para llegar a la escalerilla, el barco dio un fuerte cabeceo y ambos cayeron al suelo de madera prácticamente abrazados.

Capítulo 10

Los dos se miraron sin verse en realidad, pero sabiendo que uno tenía la vista clavada en el otro.

Solo sus cuerpos podían dar cuenta de su proximidad, porque cada uno podía sentir en su propio cuerpo las líneas del otro. Las piernas de él enredadas en las enaguas de ella, amoldando las extremidades de ambos como si estuvieran fundidos en un abrazo íntimo. El pecho de él aplastando los senos de ella, que subían y bajaban agitados, mezcla de sorpresa y de una traicionera excitación.

Un brazo de Juan descansaba debajo de la cabeza de ella, pues un rápido reflejo le había permitido alcanzar a protegerla de un golpe seguro sobre las mojadas tablas de la cubierta del Australian Pearl.

Violet miró hacia el cielo. Necesitaba desviar sus ojos del escrutinio de Griffin, porque, aunque no los podía ver, sabía que la observaban. Luego con cuidado, para no parecer ansiosa, puso sus ya no tan delicadas manos entre ambos para empujarlo. Necesitaba quitárselo de encima, pero tenía que hacerlo con frialdad.

—Gracias, Juan —dijo con voz neutra—, por no dejar que me golpeará.

El hechizo se había roto. Juan carraspeó y movió sus piernas para desprenderse de las enaguas de Violet. Enseguida se levantó con agilidad, y luego hizo lo propio con ella, cuidando de cogerla por los codos y no de las manos como le hubiera gustado.

Si antes el silencio de Violet había sido ocasionado por la discreción, esta vez su mutismo era fruto del ensimismamiento: no quería mirar o dirigirle la palabra a Juan, no sabía cómo sin sentirse subyugada por sus ojos o su presencia en sí. Con mucho esfuerzo le había agradecido el gesto de protegerla del golpe, pero no era capaz de emitir una palabra más, al menos no esa noche.

Juan Griffin, percibiendo el estado de turbación en el que se encontraba Violet, y respetando su forma de sentir, tampoco pronunció palabra. Cuando estuvieron frente a la puerta de ella, se limitó a entregarle el cubo.

—Buenas noches —dijo, y se marchó sin más.

El tono lacónico con que se despidió Juan, sorprendió a Violet. Esperaba un tono más cálido. Le había dolido su frialdad. Pero, ¿qué más quería si ella había dejado claro con su actitud que no le interesaba tener ningún tipo de contacto con él? Sin embargo, le había dolido, meditó con insistencia mientras se metía en la cama. ¿Qué quería? ¿Qué esperaba? No lo sabía y tenía miedo de buscar las respuestas.

El cuerpo de su marido aún no se enfriaba dónde quiera que estuviese. No tenía derecho a pensar en nadie más. Se arrojaría a las aguas del océano frío con tal de impedir que su cuerpo intentara traicionarla de nuevo.

Después de cerciorarse de que el capitán no estuviera borracho como casi todas las noches, Juan se encerró en su camarote, el cual se encontraba bajo la popa, más cerca de la bodega en la que dormía la tripulación, para estar siempre a mano por si algo se requería.

Acostumbrado a dormir casi siempre vestido, se echó sobre el pequeño camastro en el que apenas cabía, ya que si estiraba su cuerpo los pies le quedaban afuera.

—Maldito, estúpido, ¿crees que ella se va a fijar en un roto? —se recriminó en voz alta, usando su propio idioma tal como hacía cuando estaba a solas o en su país—. ¿O es que creíste que se comportaría como las putas del puerto? ¿O como las mujeres de la casa de doña Carmen?

Apenas conocía su nombre, y lo que el capitán le había comentado acerca de la muerte del esposo, mas, se percibía a la distancia que era una mujer distinguida, toda una lady. Pero él ansiaba esa lady para él. Faltaba mucho océano para llegar a Australia.

—Como que me llamo Juan deDios Griffin González, que esta lady será mía y solo mía. Sus hijos serán mis hijos —dijo como pronunciando un decreto. Enseguida sacó de su pecho la imagen de Santa Bárbara, único recuerdo que conservaba de su padre, y la besó con devoción—. Convertiré a lady Violet en «doña Violeta», y será mía para siempre.

Ya con el propósito fijado, cerró los ojos y se durmió. Esa noche Juan soñó con una mujer rubia que lo esperaba en un huerto entre hierbas aromáticas y árboles frutales.

—¿Qué le sucede esta mañana, señora Bellamy? —la interrogó Paddy, después de haberla estado observando por un largo rato.

—Nada.

—Usted no es así. Creo que el mar le está haciendo mal. ¿Extraña a su esposo? ¿Quizás teme no llegar a tiempo de verlo aún con vida?

Al escuchar estas palabras, Violet rompió a llorar. Sus sollozos eran amargos. No podía contarle la verdad a Paddy. Solo el capitán sabía su verdadera situación, y ella tenía que mantener la mentira por el bien de sus hijos. Nadie debía saber que ellos eran hijos de un supuesto traidor.

Así que Violet solo se limitó a asentir, mientras intentaba enjugar sus lágrimas con el único pañuelo de encajes que le quedaba de los cinco que había llevado para el viaje.

—Tome, beba esto —ordenó Paddy con suavidad al tiempo que le entregaba una pequeña taza.

Violet lo hizo, aunque con algo de desconfianza.

—Está delicioso —dijo después de un instante—, ¿qué es?

—Café. No me diga que nunca lo ha bebido.

—Nunca. A mamá no le gustaba y no nos permitía tomarlo, y mi esposo solo lo bebía en el club... cuando estaba en Inglaterra —añadió rápidamente.

—Entonces se ha estado perdiendo uno de los mayores placeres de la vida. Verá que se sentirá mejor... Ahora limpie sus lágrimas porque esos hermosos ojos se ven muy feos enrojecidos. Cuando termine le enseñaré a hacer un platillo nuevo.

—¿Vio a mis hijos?

—Andan por ahí con Griffin. No se despegan de su lado. Escuché que irían a pescar en bote.

—¿Es seguro?

—Totalmente. El tiempo está muy bueno, y cuando pasemos por el Cabo de Hornos se pondrá mejor, pues será pleno verano en Sudamérica, y al llegar a Australia habrá un calor insoportable.

Violet rio, y su risa contagió a Paddy.

—¡Paddy, es el chico! —entró un hombre gritando.

—¿Otra vez?

—Está ardiendo en fiebre.

—Vamos, Violet, acompáñeme.

—¿Está seguro?

—Sí.

Capítulo 11

El chico se encontraba tendido en una de las hamacas de la bodega grande, que en realidad hacía de dormitorio comunal para casi toda la tripulación del bergantín.

El capitán Mc Coy no ocultó su molestia de ver allí a Violet, pues los desocupados curiosos que momentos antes no habían demostrado interés por el pobre muchacho, se aproximaron al verla llegar al lugar.

—Necesito una asistente que no se desmaye ante la vista de la sangre —explicó Paddy con un tono que no daba lugar a discusión.

—¿A qué se refiere? —preguntó el capitán.

—Tendré que cortar —contestó Paddy, así sin más, como si hablara de un pedazo de carne o una pieza de pan.

—¡No! ¡No, por favor! —imploró el chico.

—Es necesario, Harry. Si no corto vas a morir. Te ha entrado gangrena.

Los ojos de Violet se humedecieron. Harry era aún un niño que recién comenzaba a vivir. Ahora sería un lisiado, un estorbo para la sociedad. Lo más probable es que estuviera condenado a vivir de la mendicidad.

Con suma delicadeza y respeto por el paciente, el cocinero sacó sus instrumentos del maletín, y los dispuso sobre una silla en forma ordenada encima de un paño blanco. Enseguida levantó la vista y le hizo un gesto a cuatro de los hombres que estaban allí presente.

—Necesito que lo afirmen con fuerza de brazos y piernas. Usted señora, Bellamy me asistirá, haciendo todo lo que yo le diga.

Violet se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Entendió?

—¡Sí!

Luego de esto, Paddy se dispuso a lavar un cuchillo y una sierra con whiskey, y finalmente le dio un gran sorbo a Harry. Para finalizar, enrolló un trapo y se lo puso en la boca al muchacho.

—Muerde con fuerza —le ordenó.

A un gesto del cocinero, los hombres aferraron con fuerza a Harry, y Violet se colocó a un costado para asistir en la operación, y rogando al cielo no desmayarse pues ella tampoco apreciaba la presencia de sangre, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Con mucho cuidado y con lentitud alarmante Paddy comenzó a cortar. Los gritos del pobre chico retumbaron en el barco. Los hombres que sostenían su cuerpo volvieron la vista hacia otro lado, y Violet estuvo a punto de caer, mas, la mirada de reproche del cocinero la mantuvieron firme en su lugar entregando los instrumentos cuando se le pedía.

Cuando el proceso acabó, en un tiempo que a todos les pareció eterno, Harry yacía desmayado

por el dolor y Violet prácticamente arrojó lo que aún sostenía en sus manos y corrió por la escalerilla que la llevaría a cubierta. Una vez allí corrió hasta la borda, y se dobló sobre la baranda para volver todo el contenido de su estómago al océano. Luego se quedó unos minutos observando la blanca estela que iba dejando el barco a su paso. En tanto se sintió recuperada se dio la vuelta sobre sí misma, para regresar abajo, pero se encontró con tres pares de ojos que la observaban con atención.

—¿Qué te ocurrió, preciosa? —preguntó uno de ellos—. ¿Estás enferma?

—Fue algo pasajero —respondió ella con gentileza, intentando parecer serena—. Gracias por preocuparse.

—La otra vez fuimos interrumpidos —repuso otro—, pero esta vez no sucederá. Están todos atentos a lo que sucederá con el chico cojo.

El tercer hombre que hasta ahora no había abierto la boca, la agarró por detrás con rapidez y puso una de sus sucias manos sobre la boca de ella para que no gritara. Enseguida la arrastró hacia una pila de sacos. Violet manoteaba intentando usar sus puños para zafarse del cruel abrazo, inclusive levantando sus piernas para darle puntapiés a sus captores, pero nada parecía funcionar. El solo pensar en lo que vendría a continuación le helaba la sangre y la tenía al borde del desmayo. Finalmente optó por dejar su cuerpo laxo, quizás así perderían interés en ultrajarla y acabarían por dejarla. Sin embargo, no sirvió de nada, su hálito fuerte a alcohol era indicio de que no estaban en posibilidad de razonar. En lo último que pensó antes de ser tumbada en el refugio improvisado que los hombres habían creado para llevar a cabo su vil infamia fue en que lo único que le quedaba era dejar de luchar para preservar su vida.

Violet cerró los ojos, esperando que el ominoso hecho pasara pronto. Cuando una sombra se irguió sobre los malhechores ella no percibió lo que ocurría hasta que el alboroto se armó a su alrededor. Juan se estaba batiendo a puñetazos con los tres hombres, y pronto dejó a dos fuera de combate, pero el tercero no se dio por vencido y con presteza sacó una navaja de su bota, agrediendo al segundo al mando con fuerza y encono.

Juan se vio alcanzado a la altura de sus costillas, y haciendo lo propio, también sacó un cuchillo que traía oculto en la pretina de su pantalón.

Ambos hombres se miraron, retando al otro a que diera la primera estocada. A esas alturas ya eran muchos los curiosos, incluido Mc Coy que gritaban apoyando a uno o a otro. Mientras tanto Violet aterrorizada no se atrevía a levantarse de donde los hombres la habían arrojado.

—¡No permitiré que me quites el botín otra vez! —gritó el hombre con los ojos inyectados en sangre.

—¡Primero tendrás que pasar por sobre mi cadáver! —respondió Juan en el mismo tono.

—¡Como quieras! —repuso el hombre y se lanzó al ataque.

Fueron varios minutos de dar y recibir golpes de parte de ambos. Pronto la sangre emergió de las cortadas que se estaban infringiendo con sus armas blancas. El otro hombre tenía la misma estatura que Juan, pero de complexión bastante más gruesa, y por momentos parecía que ganaría el combate, dándole una seguridad que aprovechaba para darse el tiempo de guiñarle el ojo a Violet cada vez que cruzaban miradas. Y tal vez toda esta arrogancia lo hizo distraerse al punto de no fijarse dónde ponía los pies. De pronto un resbalón causado por la sangre que había en el piso, lo impulsó directo sobre el cuchillo de Juan Griffin.

Capítulo 12

Todos miraron a Juan. Estaban asombrados. Si bien era un hombre hosco, siempre evitaba las manifestaciones violentas. Nunca lo habían visto alzarle la mano a nadie, pero de un momento a otro se había convertido en un asesino.

Él tampoco podía creer lo ocurrido, sin embargo, no estaba arrepentido. Si no hubiera intervenido ahora estarían lamentado algo peor, al menos él sí estaría desolado.

—¿Qué sucedió aquí?! —gritó de pronto el capitán, abriéndose paso entre los hombres.

—Griffin mató a Rob —respondieron varios a la vez.

—Fue en defensa propia —repuso otro.

—Otra vez preguntó: ¿qué pasó aquí?

—Querían abusar de la señora Bellamy —respondió Juan.

—¿Y qué hacía ella en cubierta?

—Yo la envié a buscar agua para limpiar la sangre —respondió Paddy, detrás del capitán.

Después de recorrer el entorno con su mirada se detuvo en Violet y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Sujetando su blusa que había perdido todos los botones en el frontis, y con el rostro rojo por la vergüenza y la angustia, hizo lo que el capitán ordenaba. Sus hijos fueron detrás de ella pues al menos Tyler no permitiría que su madre se enfrentara sola al capitán.

Después de ofrecerle un vaso de brandy, Mc Coy cruzó los brazos y la miró con una mezcla de ira y lástima por la decisión que acababa de tomar.

—Deberán abandonar el barco en Cabo Verde. —Fue la lapidaria declaración del capitán.

—¿Qué quiere decir? —Lo interrogó Violet con ojos llorosos—. ¿No nos llevará hasta Australia? ¿Y dónde queda Cabo Verde?

—Son unas islas que están frente a África. Allí recalán muchos barcos, podrán subirse a uno de pasajeros que los lleve a Australia.

—¿Por qué no nos quiere?! —preguntó airado Tyler —¿Qué mal le hicimos?!

—No se trata de eso, muchacho. Lo que ocurrió hoy volverá a pasar, una y otra vez. Creeme que esto que hago es por el bien de ella, y de ustedes. Estaremos en el mar bastante tiempo. Todavía no llevamos tres meses en el mar y han ocurrido varios eventos desafortunados desde que ustedes embarcaron.

Con lo poco que Violet conocía a Mc Coy, sabía que este no cambiaría de parecer, por lo que tomó a sus hijos de la mano y salieron de la cabina del capitán.

—¿Por qué les dijo eso, capitán? Usted sabe que a Cabo Verde no entran barcos de pasajeros, allí solo encontrará balleneros y piratas.

- Ya no será mi problema, Griffin.
- Usted dijo que ella le recuerda a su hija...
- Por eso mismo la quiero lo más lejos posible.
- Usted no tiene corazón.
- Si tanto te preocupa, quédate con ella.
- Quizás lo haga.

El primer oficial salió dando un portazo. Claro que se bajaría con Violet en Cabo Verde. No pensaba dejarla a ella y a los niños en un lugar en el que solo encontrarían gente de dudosa reputación.

Violet estaba devastada. No fue capaz ni siquiera de presentarse en la cocina. Se recostó sobre el pequeño lecho e instruyó a los niños para que informaran que estaba enferma por si alguien preguntaba por ella. Durante todo el resto del día se quedó encerrada, autorizó a los niños para que fueran a comer, pero ella no quiso probar bocado. Era imposible, nada traspasaría su garganta. A la hora de la cena alguien vino a golpear su puerta.

- Buenas noches —dijo Juan con su acostumbrado tono.
 - ¿Usted? ¿Qué quiere?
 - Decirle que descenderé con ustedes en Cabo Verde.
 - ¿Por qué? ¿No cree que ya hizo suficiente daño?
 - ¿Quería que les permitiera violarla?
 - Quizás así no me estarían expulsando del barco.
 - No sabe lo que dice. Mc Coy se habría enterado de todas formas, y el resultado habría sido el mismo.
 - ¿Por qué quiere ir con nosotros?
 - Mc Coy le mintió, en Cabo Verde no recalán barcos de pasajeros.
 - ¿Entonces?
 - Los acompañaré hasta que sepa que encuentran un barco seguro.
 - Perderá su empleo.
 - No importa.
 - Gracias.
- Juan inclinó la cabeza y se marchó.

Los días que se sucedieron fueron largos y tediosos para Violet, aun peor que antes pues sabía que pronto serían abandonados a su suerte, lo que significaba que su destino era incierto. Si no fuera por lo dramático de la situación, hasta sería encantadora la perspectiva de una aventura en un país desconocido, pero la realidad era tan diferente que hasta daba temor pensar en lo que podría ocurrirle a una mujer sola con dos niños pequeños. Sin embargo, Juan había dicho que estaría con ella hasta que abordara un nuevo barco, mas, ¿podía confiar en él después de lo que

pasó aquella noche? ¿Qué tan desinteresado sería su ofrecimiento? El solo intentar buscar las respuestas a tantas preguntas hacía que la cabeza le crujiera de dolor. Por suerte la llegada de Paddy a su camarote por la noche vino a remediar un poco su jaqueca.

—Le traje algo de cena, no ha comido en todo el día.

—Gracias, Paddy, pero no tengo apetito.

—¿Puedo entrar? Dejaré la puerta abierta.

—Está bien.

El hombre se sentó en el otro catre y la observó con detenimiento, y como si estuviera escogiendo las palabras que deseaba decir, guardó silencio por varios minutos.

—Ya me enteré, la voz se corrió rápido... ¡El muy hijo de...!

—No lo diga. Es su barco, ¿no?

—Tiene una piedra en el pecho en vez de corazón.

—Ya no tiene caso, Paddy. Será mejor que no hablemos más de eso.

—Está bien, solo vine a decirle que cuente conmigo. Es decir, me quedaré con usted en Cabo Verde.

—No será necesario, Paddy, Juan Griffin se ha ofrecido a acompañarnos hasta que abordemos un barco seguro.

—¿Griffin?

—Sí.

—¿El capitán lo sabe?

—No sé.

—Entiendo.

El hombre, decepcionado, se quedó otra vez viendo a Violet. ¿Por qué quería la compañía de un viejo, si el apuesto Juan Griffin podía hacerle compañía? No cabía duda de que era un tonto. Creyó que sus atenciones serían suficiente para interesarla, no tomó en cuenta la diferencia de edad que existía entre ellos dos.

—Bueno, ya es tarde.

Paddock se puso de pie y caminó hasta la puerta.

—Buenas noches, Violet.

—Buenas noches, Paddy.

Violet se recostó contra la puerta un momento. Ella vería a Paddy como una figura paterna, pero al parecer los sentimientos de él eran muy diferentes. Con un suspiro observó dormir a sus hijos. Se cansaban correteando por el barco todo el día y después de la cena caían rendidos a la cama. Les dio un beso sobre las rubias testas y ella también se metió en su catre.

Cerró los ojos con la intención de dormir, pero le fue imposible conciliar el sueño, y luego de cansarse de dar vueltas en el pequeño lecho decidió levantarse.

Subió a hurtadillas a la cubierta. Asomó apenas la cabeza para mirar en todas direcciones. Aunque era de noche había luna llena, y eso facilitaba que viera las siluetas de los hombres que a esa hora se encontraban sobre la cubierta. Cuando escuchó unos pasos, descendió un par de

peldaños para alcanzar a esconder la cabeza, una vez que hubieron pasado salió con agilidad y fue a agazaparse bajo la borda, en cuanto estuviera segura se levantaría para aspirar a plenitud el aire salado de la noche.

—Es una noche hermosa —dijo alguien a su espalda.

Violet dio un respingo por el sobresalto que la voz le causó. ¿Por qué no lo vio?

—¡Juan!

—Buenas noches, señora Bellamy.

—No me diga que me siguió.

—Por supuesto. Tengo que protegerla.

—¿Tiene?

—Sí.

—¿Por qué?

—Una mujer como usted no debe estar sola, y menos con dos niños pequeños. Siempre será anzuelo para hombres como estos.

—¿Y qué debería hacer según usted?

—Sea mi mujer.

Capítulo 13

—¿Qué está diciendo? ¡Se ha vuelto loco!

—Baje la voz, por favor.

—Es que... Es que su propuesta es ridícula.

—¿Soy muy poca cosa para una lady?

Violet no respondió de inmediato, sin embargo, hubiera querido decirle que la petición que le hacía era humillante para ella quien era nada menos que la Condesa de Orchmond, esposa de un Lord de la Cámara, pero en realidad no era nada. No era nadie, solo una simple mujer madre de dos hijos que escapaba de la ignominia de ser señalada por el dedo como la viuda de un traidor a la corona. Aun así, no creía estar tan desesperada como para enlazarse con el primer hombre que se lo pidiera.

—No me llame así. Usted no me conoce.

—¿O se irá con Paddock?

—¡No!... Entienda, Juan, lo de mi esposo es muy reciente. ¿Cómo cree que verían mis hijos que su madre se case tan pronto? Y usted sabe que vamos a Australia.

—¿Qué piensa hacer en Australia?

—Bueno, allá tenemos parientes.

—¿Tienen dinero?

—No sé, pero no viven mal.

—¿Por cuánto tiempo la querrán tener antes que comiencen a buscarle esposo?

—Cuando llegue ese momento me ocuparé de eso.

—¿Es su última palabra?

—Sí. Imagino que ya no me querrá acompañar.

—La palabra de Juan Griffin es oro... Es mejor que baje ya, señora Bellamy.

—Tiene razón. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches.

Violet se fue a la cama con una desazón en el pecho. ¿Juan Griffin albergaba sentimientos por ella? El pobre se había sentido ofendido, pero era muy pronto para pensar en contraer nupcias nuevamente. Además, ni siquiera lo conocía. Él le atraía sobremanera, pero venían de mundos tan diferentes. Ella había perdido su dinero, pero no su clase y costumbres. Difícilmente podría vivir con un palurdo, y quien sabe a dónde querría llevarla. Si llegaba a casarse nuevamente tendría que ser un hombre más a la altura de lo que ella y los niños merecían. Violet no era frívola, pero tenía los pies bien puestos en la tierra. Sabía con certeza lo que le convenía y lo que no.

En su camarote, Juan buscó una botella de licor de caña que tenía guardada en el pequeño armario que estaba junto a la puerta. Luego se tumbó sobre la cama, que era de mejor calidad que los catres que usaba la mayoría, pero tan pequeña como aquellos: si se estiraba los pies le quedaban afuera. Como la mayoría del tiempo dormía con la ropa puesta daba lo mismo que él fuera más grande que la cama.

Abrió con lentitud la botella y se dio un trago largo para pasar la frustración que sentía. Jamás imaginó que Violet lo rechazaría, ni siquiera pudo completar la propuesta.

Tenía dinero suficiente ahorrado como para comprar una casa en el puerto, o construirle una a ella a su gusto en el Cerro Alegre, donde pudiera tener un patio, una huerta, y flores fragantes como ella. Últimamente estaban llegando muchos británicos últimamente. Tendría la posibilidad de sentirse más cerca de su gente.

Su madre había guardado celosamente su sueldo desde que él regresó por primera vez a casa después de haberse embarcado de polizón en el barco de Mc Coy. Jamás quiso aceptar nada de su dinero, pues decía que con lo que ganaba con la taberna tenía de más para vivir. Su vida era sencilla, y sin lujos, pero le complacía, en cambio él un día se casaría y con esa plata tendría cómo empezar.

La taberna ocupaba la parte delantera de la casa. Allí, la señora Carmen, vendía vino y comidas caseras tanto a los trabajadores del puerto como a los viajeros que llegaban por el dato de su buena mano en la cocina. Por lo tanto, nunca faltaba gente en la casa de doña Carmen, como solían llamarla. Sus hijos menores José y María le ayudaban en el negocio, y de vez en cuando tomaban la guitarra y entonaban unas cuecas para amenizar a los parroquianos. Cuando su esposo Luis quien también era marino mercante cuando se encontraba en casa, también colaboraba.

—¿Qué haremos, mamá? ¿A dónde iremos?

El rostro de Tyler lucía preocupado, su ceño fruncido daba cuenta de ello. Él se sentía el hombre de la familia, quien debía estar a cargo de su madre y hermano menor. Para él tener trece años no era impedimento para adquirir responsabilidades de adulto.

—Lo que el capitán dijo.

—¿Y si allí no encontramos un barco para Australia?

—No te preocupes, hijo, seguro que encontraremos uno —ella no se atrevió a confidenciarle a su hijo que su idea era rezar hasta que llegaran a Cabo Verde para que hubiera un barco anclado que los acercara a Australia, ya que si era cierto que allí no recalaban naves que iban en esa dirección. Y por ningún motivo se lo diría a Tyler, pues era un niño aún y no era justo que sufriera a causa de las preocupaciones—. El señor Griffin nos acompañará hasta que subamos a un barco seguro.

—¿El señor Griffin? Podría viajar con nosotros hasta Australia.

—Dudo que le interese.

—¡Oh! Él nos cae bien, ¿verdad, Francis?

El pequeño Francis solo asintió con la cabeza.

—Si continuamos con el buen tiempo y la misma velocidad, llegaremos en quince días — continuó Tyler después de hacer unos cálculos mentales.

—Por ahora nos olvidaremos de eso y vayamos a desayunar.

Al llegar a la cocina, la pequeña mesa estaba lista, pero no había rastros de Paddy. Violet observó extrañada, mas, no hizo comentarios. Seguramente el cocinero la estaba evitando a propósito.

Los días se fueron sucediendo más lentos que antes. Violet se sentía como alguien que va ser llevada al cadalso siendo inocente. La apremiaba la ansiedad. Esta vez si iba con destino desconocido. No sabía cuánto les tardaría llegar a Perth, y si lograrían hacerlo. Tal vez quedarían varados en algún país desconocido y salvaje, y nadie más volvería saber de ellos. Por primera vez desde que se embarcaron en el Australian Pearl se arrepintió de no haberse despedido de sus padres y contarles sus planes.

La amistosa relación con Paddy también había decaído, y en la cocina ambos actuaban con absoluto mutismo si no tenían obligación de hablarse, ya que la charla estaba reservada para temas netamente culinarios. Violet lamentaba que las cosas estuvieran así entre ellos, pero no había nada que ella pudiera hacer, es decir, podía darle una respuesta afirmativa al cocinero, mas, no haría eso solo para que él se contentara con ella. En cambio, Juan continuaba tratándola igual que antes a pesar de haber tenido también un rechazo. Por lo visto, el primer oficial era más razonable que Paddy.

—Entonces, te vas.

—Sí, capitán.

Juan se encontraba en el camarote de Mc Coy. Había ido a despedirse.

—Te voy a extrañar, son muchos años juntos.

—Lo son, pero es algo que tengo que hacer, de lo contrario no podría dormir por las noches.

—Ella te llegó hondo.

—Sí, pero no es por eso que lo hago. También están los niños... Usted ha sido como un padre para mí, sin embargo, pienso que la medida es injusta, además de extrema.

—Trataré de pasar por Valparaíso al regreso. Siempre tendrás un lugar en el Australian Pearl.

—Nunca le pregunté por qué un irlandés tiene un barco con un nombre así.

—Solo porque me gustó.

Los dos hombres rieron, y luego de darse un abrazo, Juan se retiró sin volver la vista atrás.

Y tal como predijera Tyler, a los quince días exactos, se escucharon los gritos de ¡tierra!

Violet tragó saliva, algo le decía que subirse al bergantín del capitán Mc Coy no había sido el comienzo de la aventura: la verdadera hazaña para los Bellamy comenzaba justo ahora, o en cuanto pusieran un pie en tierra.

Ella y sus hijos ya tenían reunidas sus pocas pertenencias, solo aguardando el aviso de que

llegaban a la isla.

—¿Está preparada? —preguntó Juan, asomándose a la puerta del camarote.

—Estamos listos.

—Yo también —repuso Juan, mostrando un bolso negro.

—Entonces, era en serio.

—Absolutamente.

Cuando descendieron del Australian Pearl, nadie estuvo allí para despedirlos, es decir, algunos hombres se despidieron con afecto de Juan, pero el capitán Mc Coy y Paddock brillaron por su ausencia. Y aunque la falta del cocinero le dolió a Violet, adoptó la postura erguida como debe hacer una dama de su linaje, y permitió que Juan la ayudara a bajar.

Capítulo 14

Desde el primer momento que Violet puso un pie en tierra, odió ese lugar.

Esperaba encontrar hombres haciendo intercambios comerciales con productos de ballenas o especias, pero en vez de eso vio gente siendo tratada como mercancía: hombres, mujeres y niños de piel oscura. Familias completas, cuyas madres gritaban al verse separadas de sus hijos u esposos.

—¡Esta no es una isla de pescadores! —murmuró indignada—. ¡Son esclavos!

—Lo son —aceptó Juan—. Y contrabandistas, comerciantes que obran como piratas, y un montón más de gente de mala reputación.

—¿Aun así, Mc Coy pensaba dejarnos solos acá?

—Sí. Por eso vine con ustedes... Ahora, buscaremos un barco.

—Sí. No deseo estar ni siquiera una hora en esta isla.

—Ustedes me esperarán en la taberna. Yo iré solo a ver. No hay más que un barco aparte del Australian Pearl.

—¡No! No nos dejes solos.

Juan observó a los tres. Se veían indefensos. Y llamativos, como tres perlas cultivadas entre un montón de rocas de carbón.

—Está bien —dijo, tomando a Francis en sus brazos—, pero no se aparten. Usted entrelazará su brazo con el mío y simularemos ser una familia, ¿entendido?

—Sí, Juan —respondió ella—. Ustedes niños, ¿comprendieron?

—Sí. Llamaremos papá al señor Griffin, ¿no es así, Francis?

El pequeño se limitó a mover la cabeza en señal de haber comprendido.

—En ocasiones también toman esclavos blancos. Ustedes ya no se ven como una familia de clase alta después de tan arduo viaje.

Violet se limitó a sonreír avergonzada.

Camaron entre la gente, que no dejaba de llamar la atención de los niños: su piel oscura cómo el ébano era hermosa, aunque sus rostros estaban tristes, amargados, llorosos, casi sin comprender en la situación en la que se hallaban.

—¿Por qué están amarrados? —preguntó el pequeño Francis, desde los brazos de Juan.

—Son esclavos —respondió Tyler, con una expresión de incredulidad parecida a la de su madre.

—¿Hay esclavos en su país? —quiso saber Violet, dirigiéndose a Juan.

—Ya no, desde 1811... En Australia tienen esclavos asiáticos, señora Bellamy. Les llaman canacos.

—No sabía.

—¡Es un barco portugués! —gritó de pronto Tyler al ver la bandera que ondeaba en el palo mayor.

—Ha de ser de esclavos —repuso Juan.

—¿De esclavos? ¡Pero...!

Violet se quedó pegada en el suelo.

—¿Quiere llegar a Pearl algún día, o no?

—Pero no así.

—Acá no llegan barcos de pasajeros. Ya le dije, solo esclavistas y...

—...comerciantes de mala reputación —terminó ella por él.

Violet no comprendía el idioma en el que Juan se comunicaba con los hombres del barco, pero sí comprendió por los gestos que el capitán hablaba de dinero.

Al rato Juan regresó contrariado.

—Pide mucho por llevarnos, y solo hasta Brasil.

—¿Brasil?

—En Sudamérica, mamá —aclaró Tyler.

—Sé dónde está Brasil, hijo.

—¿Cuánto pide?

Juan le dijo la suma. Violet no manejaba los valores de todos los viajes en barco, aun así, comprendió que era demasiado. Sin embargo, pensó que uno de sus collares bien valía el gasto.

—Pagaré. Usted va con nosotros, ¿verdad? No se atreverá a subirnos a ese barco y marcharse por su cuenta.

—Sí, voy. Después le devolveré el dinero de mi pasaje.

—No se preocupe por eso ahora, Juan. ¿A qué hora abordamos?

—Saldrá mañana temprano.

—Está bien. Diga al capitán que cuando abordemos le pagaremos, nunca antes.

—Sí, señora.

Consiguieron un cuarto en el prostíbulo de la isla para pasar la noche. Violet no quiso que Juan se apartara de ellos, y prácticamente lo obligó a dormir sobre el piso, junto a la cama que ocupaba ella y los niños. Su sueño fue intranquilo, quizás por el cansancio o las emociones acumuladas. Gracias a eso fue capaz de percibir que alguien entró a la habitación en algún momento de la madrugada.

Abrió los ojos asustada y el chillido que escapó de sus labios no solo despertó a Juan y a los niños, sino a todos los que dormían cerca, ya que al momento que Griffin le puso las manos encima al merodeador había una cantidad considerable de rostros en la puerta de la minúscula

habitación.

—¿Qué sucede aquí?!

Un hombre gordo con un fusil apuntaba a Juan y al ladrón, mientras una mujer mayor vestida de bata roja que dejaba entrever el corsé y una pierna cubierta de medias negras observaba con ojo crítico.

—Sí. ¿Qué sucede aquí?

—Este hombre entró a hurtadillas a la habitación —acusó Violet sacando la voz, firme y fuerte.

—¡Soy inocente! —exclamó el hombre—. Me equivoqué de cuarto.

—¿Tiene objetos de valor, querida? —preguntó la mujer con mirada codiciosa—. Podemos dejarlas a buen recaudo en mi caja fuerte.

—No —respondió Violet con rapidez—, solo el anillo de bodas, pero ya se lo dimos al capitán del barco, ¿no es así querido?

—Mi esposa tiene razón, señora. No tenemos nada de valor, por eso me extraña que alguien intente robarnos.

—Repito que me equivoqué de cuarto. Buscaba a Iris.

—Este idiota siempre se mete a cualquier cuarto —repuso una mujer joven, de cabello negro y labios muy rojos que destacaban contra su rostro pálido.

Toda la audiencia quedó expectante, esperando la decisión de Juan que aún mantenía al hombre apresado por la espalda. Finalmente lo liberó, no sin antes ofrecerle una amenaza velada con los ojos.

Enseguida, Juan se dispuso a mirar por la ventana para saber si amanecía, pero el canto de un gallo le indicó que ya podían marcharse rumbo al puerto. En el barco podrían descansar un rato para reponer las horas de la noche.

—Bueno, si nos dejan, queremos recoger nuestras cosas —dijo Juan, poniéndose manos a la obra.

—Es muy temprano para que se marchen —objetó la regenta del lugar—. Mandaré a prepararles el desayuno.

—No es necesario —repuso Violet, comeremos en alguna taberna del puerto.

—Solo encontrarán marineros borrachos.

—Mi esposo no permitirá que nos molesten.

—¡Oh, sí, es cierto!

El capitán del barco, en cuanto vio el collar de zafiros, insistió en otorgar su camarote a la «familia Griffin». Él sabía cómo atender a quien pagaba bien, así que se mostró más que dispuesto a officiar de buen anfitrión, inclusive aconsejando a Violet que no se paseara por el barco para no tener que ver a «esos negros inmundos», ya que confundió su expresión molesta con una de repugnancia, reacción que estaba muy lejos de sentir por esas pobres criaturas.

El capitán del barco Lisboa, no dejó de mirar ni por un segundo los ojos azules de Violet, que para él eran lo más hermoso que había visto en su vida. Tuvo la sensación de que eran más azules

que el abismo más profundo del mar.

El capitán Joaquim de Almeyda era un hombre no mucho mayor que Juan Griffin, de similar estatura, pero de cuerpo fornido sin llegar a parecer obeso. Su cabellera negra y abundante, aunada a un par de ojos negros que parecían traspasar todo lo que observaban lo convertían en un personaje sumamente atractivo. Juan era definitivamente guapo gracias a su mezcla anglo—latina, pero el capitán Almeyda era alguien capaz de capturar todas las miradas gracias a su gran magnetismo. Por supuesto, Violet a pesar de ser una viuda respetable, o una mujer casada para los efectos del viaje, tampoco quedó indiferente a la cercanía del capitán, y él, un hombre ducho en las artes de la conquista gozó poniéndola nerviosa: antes de que terminara el viaje ella caería en sus redes, total a él no le importaba que estuviera comprometida.

Por su parte, Juan se dio perfecta cuenta de la situación, y debió hacer acopio de toda su templanza para no darle un par de puñetes allí mismo al dichoso capitán del Lisboa: ahora no solo tendría que cuidar a Violet de todos esos hombres del barco, sino que, además, tendría que mantenerla alejada de las garras del portugués sinvergüenza.

Capítulo 15

Así comenzó la segunda parte del largo periplo que tenía Violet por delante si quería llegar a Australia. Los días se fueron sucediendo lentos mientras el barco esclavista se deslizaba por aguas cálidas. Esta vez, por iniciativa propia decidió confinarse en el camarote, ya que le dolía el pecho cada vez que tenía que subir a cubierta.

Le hubiera gustado tener muchas más posesiones con ella para liberar a toda esa gente de las cadenas que las mantenían atadas, y de vez en cuando tenía que escuchar los gritos de dolor de alguien que estaba siendo castigado con la punta de un látigo. O escuchar lamentos de dolor porque alguna madre había tenido que sepultar en el mar un hijo que no fue capaz de resistir el viaje.

Los niños tampoco tenían permitido salir a jugar como lo hacían en el barco del capitán Mc Coy. Violet consideraba que estaban en una edad demasiado impresionable como para comprender a cabalidad los hechos de la vida. Sin embargo, Juan podía pasear libremente por todas las dependencias del barco.

Él había pensado que podría continuar intentando convencer a Violet de aceptarlo como esposo, pero dada la situación actual, se le hacía imposible ya que los días ella los pasaba encerrada en el camarote, y por las noches estaban casi obligados a cenar con Almeyda quien no paraba de asediarla descaradamente. Sabía que tarde o temprano terminaría liándose a puñetazos con ese hombre. Si Violet no fuera tan testaruda...

—Está tranquilo arriba, ¿por qué no subimos? —le propuso una noche Juan.

—Los niños están dormidos.

—No les sucederá nada, no se preocupe.

Por suerte para Juan, no tuvo que insistir demasiado. Quizás el tedio, la claustrofobia, y todo lo que pudiera sentir allí encerrada la obligaron a aceptar el paseo por el barco.

—Ha pensado en mi propuesta —preguntó Juan de repente.

—No... Creo que fui clara, Juan.

—Es que no logro entender que necesite ir al confín del mundo para sentirse segura. Allá la vida es bastante dura. Los blancos y los nativos se atacan mutuamente. Si no consigue pronto un marido que la mantenga, quizás deba trabajar en alguno de los muchos bares que hay allá. Muchas mujeres desesperadas deciden prostituirse...

—¿Por qué quiere amedrentarme, Juan? Allá está una prima, y no creo que nos deje desamparados.

—No creo que ella querrá mantenerlos para siempre, en algún momento se va a cansar.

—¿A quién le importa el futuro?

—A usted, de lo contrario se habría quedado en Inglaterra.

—Tiene razón, pero yo no podría casarme por interés. Solo me casaría con el hombre que yo ame y que me ame. Usted no me ama, Juan. Ni yo a usted.

—Estoy seguro que el amor puede llegar después.

—¿Usted cree?

—Se lo demostraré.

—No lo entiendo.

Sin mediar más palabras, Juan la cogió de los hombros con ambas manos, y casi con brusquedad la atrajo hacia él y la besó.

No fue un beso delicado como el que se le da a una dama. Fue un beso avasallador, urgente, lleno de pasión contenida. Era en lo único que había pensado desde que la vio por primera vez. Había fantaseado muchas noches en cómo sería rodear esas caderas mientras besaba esos labios rosa. Imaginaba de qué color se pondrían sus ojos con la llama de la pasión. En la oscuridad no podía ver sus ojos, pero sí lograba sentir los latidos de su corazón, que martillaba tan acelerado como el de él.

Violet sentía cómo caía con lentitud a un abismo. Si Juan no la sostenía, con seguridad caería al piso del barco. Ese beso embriagador la estaba trastornando. No supo precisar si Phillip la había besado alguna vez con tal vehemencia, pero para ella fue como la primera vez. En brazos de Juan, se sintió como cualquier mujer que podía darse el lujo de sentir, y no como lady Orchemmond que no podía salirse del protocolo ni siquiera en la intimidad. Sin embargo, y al mismo tiempo, la asustaba el arrebato del hombre, que tal vez era más de lo que ella pudiera controlar. Esta aclaración dentro de sí, la hizo reaccionar y empujó casi con violencia a Juan. Intentó mirarlo por un instante en la oscuridad, necesitaba ver sus ojos, y al no poder recogió sus faldas y huyó a la seguridad del camarote, mas, cuando llegaba a su puerta el capitán Almeyda salió a cerrarle el paso, y ella que ya no soportaba lidiar con otro hombre le dio unas buenas noches más brusco de lo habitual y se entró con rapidez cerrando la puerta tras de sí.

—Será en otra oportunidad, mi dama —susurró el hombre a la puerta cerrada.

Esa noche, Juan no se atrevió a ir a dormir al camarote. Él reposaba en el suelo, porque debían simular que eran esposos, pero en esta oportunidad puso el calor como pretexto y se fue a echar entre unos sacos bajos las estrellas. Quería soñar con Violet, pero en vez de eso, no pudo apartar sus sentidos de lo que ocurría en el barco: lamentos, quejidos, golpes, niños llorando. ¡Qué vida la de aquellos pobres infelices! Con razón ella no quería ni asomarse a cubierta. Ya era bien entrada la madrugada cuando logró dormirse, pero unos gritos lo despertaron cuando el sol recién salía.

En cierto modo Violet se había acostumbrado a los ruidos que hacían los esclavos del barco, y no porque le pasaran desapercibidos, sino porque si no hacía oídos sordos se volvería loca. Mas, esa mañana no pudo quedarse indiferente a los gritos desgarradores provenientes de algún punto del barco. Se vistió lo más rápido que pudo y subió a mirar, ordenando a los niños que no salieran del camarote.

Pasó rauda en dirección de los gritos sin ver a Juan, él sí la vio y fue detrás de ella, temía que

se metiera en algún lío.

Una mujer joven estaba atada de las muñecas y estaba siendo azotada. Cerca de ella, había dos cuerpos tendidos en el suelo de la nave.

Violet con presteza se situó entre la mujer y el hombre que estaba dando los azotes. Más allá, Almeйда contemplaba la escena fumando un cigarro.

Juan quiso entrar al círculo y detener a Violet, pero después lo pensó mejor, quizás ella sería capaz de detener esa masacre.

—¡Alto! —gritó a todo lo que daban sus pulmones.

El hombre que infligía el castigo miró en dirección a Almeйда y este levantó su mano para que se detuviera.

—¿Cuál es su autoridad para intervenir en la corrección? —preguntó él en voz baja, consciente de la atención que el incidente estaba causando.

—¿Y con qué autoridad los propina, usted? —preguntó a su vez ella con los brazos aún en alto.

—Con la que me da ser su dueño.

—¿Dueño?

—Sí. Todos los asquerosos negros de este barco me pertenecen.

—No me diga. ¿Cuánto vale esta mujer?

—¡La compro! —exclamó Violet después de escuchar la cifra, que en realidad no era tan alta como pensó en un principio.

—Tiene un bebé, y ese es otro precio, además debe pagar una compensación porque me despojó de uno de mis mejores hombres.

—¡Cuánto! —Violet comenzaba a perder la paciencia.

—Cincuenta libras.

—Tome —repuso ella después de quitarse con rapidez el anillo de bodas—. Tendrá que bastar con eso. Es más que suficiente a mi entender. Si su hombre se atrevió a comportarse de manera soez con esta mujer no debe haber sido muy bueno. A ella nadie le recompensará la muerte de su esposo.

—¿Cómo lo supo?

—Lo imaginé.

Almeйда dio la orden y soltaron a la joven de sus amarras. Violet quiso tenderle una mano, pero la mujer se arrojó a sus pies pronunciando palabras que ella no comprendió.

Capítulo 16

—¿Qué hará con ella, ahora que la rescató?

Juan observaba serio a Violet. Estaba adquiriendo una tremenda responsabilidad. No una, dos. Pero, ¿cómo hacérselo comprender?

—Liberarla, por supuesto.

—¿Dónde?

—En Brasil.

—¿Para que la apresen y la conviertan también en esclava? ¿O es que el capitán le entregó sus papeles?

—No. Sus esclavos no tienen papeles.

—Ahí, tiene.

—La llevaré conmigo a Australia, diré que es mi doncella.

—Podría funcionar, pero tendrá que enseñarle todo, empezando por el idioma. Y son dos bocas más de las que tendrá que hacerse cargo.

—Lo sé, Juan... Es usted muy duro.

—La vida es dura, cruel. Ella fue arrancada de su tierra para ser llevada a servir o trabajar como hasta morir con ningún derecho ni beneficio. Esta gente se hace dueña de ellos capturándolos como a fieras salvajes.

—Por favor, no siga.

Alika era una joven tímida que jamás levantaba la vista para hablar. Sus enormes ojos negros siempre parecían asustados. Trataba a Violet de una forma servil, haciendo reverencias a cada instante, ya que al parecer era lo único que había aprendido del blanco que la había esclavizado. Su hijo, Ekon, tenía alrededor de un año de vida, pero parecía menor debido a la mala alimentación. Violet se propuso asignar una ración de su propia leche para el niño.

Por lo demás, la mujer se propuso enseñarle inglés a Alika, y unas cuantas costumbres occidentales, mientras la iba adiestrando en algunas labores para hacerla pasar por su doncella, cosa que no pretendía que fuera para siempre, porque en cuanto arribaran a un lugar en que percibiera que la joven podría defenderse por sí sola en la vida.

—Debemos ir a Chile, allá no la tratarán como esclava.

—¡Es que no es esclava, Juan!

—No tiene papeles para demostrarlo.

—¡Parece que usted busca pretextos para arrastrarme a su país!

—¿Y si así fuera?

—¡Le dije que no me casaré sin amor!

Juan la amaba, pero la vergüenza, lo poca cosa que se sentía junto a ella le impedía confesárselo. Prefería que ella pensara que su proposición solo tenía el afán de protegerla.

—¡Usted es una cabeza dura, milady!

—¡Lo sé, y no me importa!

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó de pronto una voz.

El capitán Almeyda se encontraba de pie en el vano de la puerta. Violet había adoptado la costumbre de mantenerla abierta cuando se encontraba charlando con Juan durante el día.

—Solo es un intercambio de opiniones —respondió ella, parándose al lado de Juan.

—¿Con tanta vehemencia?

—Mi esposa y yo somos apasionados hasta para charlar —respondió Juan molesto.

Violet se ruborizó ante la implicancia de las palabras de Juan. Aun así, se colgó de su brazo.

—Capitán, mi esposa necesita un documento que atestigüe que es la dueña legítima de la esclava y su hijo.

—No tengo papeles. Solo fue un intercambio comercial con un hombre que venía de Nigeria.

—Ella le pagó así que le debe el título de propiedad.

—Está bien. Elabore usted un documento, mi dama, y yo lo firmo. ¿Eso la complace?

—Totalmente, capitán.

—En la cena de esta noche, terminamos de cerrar el trato.

—¡Estoy cansada de que tengamos que cenar con él todas las noches! —espetó Violet cuando el capitán se hubo retirado, separándose de Juan como si el contacto con él la quemara.

—Pensé que gustaba de sus galanteos e insinuaciones.

—¡Los odio! Jamás dejaría que un hombre como aquel me pusiera una mano encima. De solo pensar en el trato que le da a esa pobre gente, se me revuelve el estómago... Además, usted siempre lo escucha con paciencia. Ese capitán pensará que estoy casada con un monigote y por eso se da esas licencias.

—¿Y no es eso lo que soy? ¿Un monigote que finge ser su esposo?

—Al menos debería representar su papel de forma convincente. A estas alturas estoy segura de que Almeyda ya se dio cuenta de nuestro engaño.

—¿Eso es lo que desea?

—Quiero que él deje de molestarme, eso quiero. Y me molesta dejar tanto tiempo solos a los niños. Esas cenas son interminables.

—Por suerte se van a la cama cansados.

—Sí.

Las cenas en el salón del Lisboa eran un gran derroche: mantel blanco bordado, candelabros dorados, y por lo menos seis platillos con sus correspondientes aderezos, sin contar la fruta y

pastelillos. Todo esto regado de abundante vino y licores para después de la cena. Así comía todos los días el capitán Joaquim Almeyda, tuviera visitantes o no, pero desde que recibía a «los Griffin» en su mesa, había mayor despliegue de opulencia, lo que indignaba a Violet, pues estaba consciente de que mientras ellos disfrutaban de esos manjares, los esclavos vivían a poco más que pan y agua.

Esa noche, Juan había decidido impresionar a Violet y se había puesto el único atuendo presentable que guardaba en el fondo de su bolso de marinero: pantalón de lana, camisa blanca, chaleco negro sin mangas y zapatos de piel, algo totalmente distinto al paño buriel de la vida diaria y las botas de caucho que vestía regularmente. A Violet le costaba quitarle la vista de encima, pensaba que, si Juan fuera un hombre de mundo, todas las mujeres estarían detrás de él. Después de todo no sería tan difícil enamorarse de él.

—¿Por qué tan pensativa, mi dama? —preguntó de pronto el capitán.

—¿Eh? Solo estoy cansada.

—¿De hacer nada? —insistió él con ironía.

—Precisamente, capitán.

—Capitán, capitán. Estoy cansado de decirle que me llame Joaquim, o Almeyda en último lugar. Capitán es tan impersonal...

—A mi esposa no le gusta tomarse esas confianzas, Almeyda —repuso Juan, cogiendo una mano de Violet para depositar un cálido beso en su dorso.

Ella quedó sin habla. Solo fue consciente del cosquilleo que le recorrió el brazo en cuanto Juan puso sus labios sobre su piel.

—¿Qué manera de ruborizarse, mi dama! —exclamó Almeyda, interesado.

—Es que está contando los minutos que faltan para que estemos a solas. ¿No es verdad, mi cielo?

Violet sintió deseos de abofetear a Juan. Sin embargo, ella tenía la culpa. Casi le había ordenado que fuera más convincente.

—Entonces, no los detengo más —expresó Almeyda para terminar con el momento embarazoso de una vez por todas. Quizás ya no los invitaría más a su mesa. Se notaba que la rubia estaba prendada de su esposo—. Buenas noches.

—¿Creo que se extralimitó, Juan! —lo reprendió ella, molesta.

—¿No me dijo que mejorara mi actuación?

—Sí, pero...

—Pero nada, mi dama —repuso él, imitando al capitán—. Ahora, lo tolera.

—Pero, no me entendió, no era necesario llegar tan lejos. Entre nosotros no hay nada.

—Eso tiene fácil solución.

—¿Qué quiere decir?

Juan no quiso continuar gastando palabras. Explicarse era inútil. Cortando por lo sano, la detuvo con brusquedad y tomándola en sus brazos la besó.

Capítulo 17

Con este beso, Juan quería mostrarle a Violet la inmensidad de sus sentimientos. Que ella se diera cuenta sin que tuviera que expresar palabras todo el deseo, toda la veneración, y todo el amor que tenía dentro de sí.

Era malo con las palabras de amor, por eso esperaba que bastara con la acción.

Violet se vio envuelta en un torbellino de emociones: asombro, gratitud, deseo, complicidad. ¿También esa era una forma de amar? La pregunta rondando en su cerebro no le permitía concentrarse en las caricias de Juan. Necesitaba descubrir que era eso, y si valía la pena dejarse llevar.

—¡Suélteme! ¡No me deja pensar!

—¿Eso es malo?

—Sí. Usted logra nublar mi mente y no veo con claridad.

—No importa, solo quiero demostrarle que es posible que estemos juntos.

—¡Usted no entiende nada!

Violet se marchó dejando a Juan solo sin comprender nada.

Totalmente perplejo; Juan comenzó a pasearse por cubierta, para luego de un rato aproximarse a la baranda de babor y contemplar el negro océano del que destacaba la espuma blanca, lo único visible por la noche gracias a las estrellas.

¿Qué querrá esta mujer? , no cesaba de preguntarse mirando hacia el cielo, pensando en todo lo que podría unirlos.

Ella tenía que admitir que estaba hechos el uno para el otro. Si ella aceptara su propuesta podría darle una buena vida junto a sus hijos, seguramente mucho más modesta a la que acostumbraba, pero muy digna y tranquila, y sobre todo, llena de toda esa pasión que tenía acumulada dentro de sí. Sin embargo, con toda probabilidad no era suficiente para Violet Bellamy, ya que ella estaba muy lejos de ser una mujer común y corriente.

Al menos tenía mucho océano por delante para descubrir lo que ella sentía.

—¿Qué te sucede, mamá? —preguntó Tyler al ver llegar a su madre conmocionada.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Estaba preocupado por ti, ¿ocurrió algo?

Al parecer su hijo mayor tenía un sexto sentido muy desarrollado.

—Nada, hijo—. Violet abrazó a su hijo con ternura—. Ahora ve a dormir.

Si las cosas eran extraños entre ellos, ahora se pusieron de verdad tirantes. No se hablaban y evitaban quedarse a solas, conscientes de que no tenían nada que decirse. Por su parte, el capitán Almeyda no volvió a invitarlos a su mesa, pretextando estar enfermo del estómago. Violet agradeció no tener que soportarlo más. Por fortuna faltaban pocos días para que el barco hiciera su arribo en Brasil.

Violet ocupó todo su tiempo libre, que era bastante, y su concentración en enseñar a Alika. Al final del viaje la joven era capaz de decir unas cuantas palabras en inglés. No tenía problemas en llevarla con ella, pero en el fondo esperaba que Alika manifestara partir por su cuenta. No quería sentirse culpable por pensar así, mas, no podía llegar a Perth donde su prima a imponerle una persona más que a su vez cargaba con un pequeño. Por supuesto, ella le daría dinero y su carta de libertad.

El sudor les corría por rostros y cuerpos cuando el barco hizo su entrada al puerto de Santos.

Era una tarde demasiado calurosa y no tenía un abanico, se lamentaba secretamente Violet. Pero pronto la incomodidad pasó a segundo plano cuando los aromas, los colores, el verdor, llenaron sus sentidos. No supo por qué, pero sintió una extraña alegría. Era como si el ambiente no diera lugar a la tristeza. Sin embargo, ese estado le duró poco. En cuanto divisó el mercado que se había formado en el muelle para ver los esclavos, las náuseas hicieron presa de ellos.

En ese momento el capitán pasó junto a ella, casi con violencia lo detuvo de un brazo.

—¿Es que va a venderlos aquí?

—Por supuesto, y los que queden me los llevaré a América.

—¡Es un monstruo! —escupió ella.

—Estos negros son mi sustento, mi bella dama.

Luego de dirigirle una mirada cargada de odio, le hizo señas a Alika, a Juan y a los niños para que bajaran lo más pronto posible del maldito barco. Almeyda los vio alejarse de su barco, con una sonrisa cínica dibujada en el rostro.

Una vez en tierra, comenzaba un nuevo deja vu para Violet: encontrar un barco que los llevara hasta Australia. Sin embargo, Juan y los niños tenían hambre y no quisieron comenzar la búsqueda con el estómago vacío.

—¡Pero, si estamos acá mismo, qué nos cuesta preguntar! —protestó ella.

—Señora, Bellamy, ¡hay cinco barcos atracados en el puerto! —repuso Juan, impaciente.

Violet iba a continuar con la discusión, pues no le agradaba que la contradijeran, pero en ese mismo momento el pequeño Akon comenzó a llorar con todo lo que daban sus tiernos pulmones.

—Al parecer hay un complot en mi contra —afirmó ella con una media sonrisa.

Cerca del puerto había una especie de salón de té, en el que vendían sandwiches y pastelillos, acompañados de té, café o leche, pero cuando quisieron entrar no se lo permitieron por estar acompañados por una mujer de color. Indignada, Violet dio media vuelta y permitió que Juan los

guiara a un lugar menos ostentoso, pero donde había entrada libre para todo el mundo.

—Es una práctica habitual en muchos países —explicó Juan.

—Yo no tengo recuerdos de esa época, pero imagino que en Gran Bretaña debe haber sido igual. Espero que en casa nunca haya habido esclavos. Sentiría mucha vergüenza si me enterara de que fue así.

—Hasta en mi país que es pequeño, hubo esclavitud. De pronto a alguien se le ocurrió la buena idea de extraer a esta gente de su tierra y deshumanizarla de esta forma tan abominable. Mano de trabajo gratuita. Mujeres obligadas a complacer a sus amos, y llenarse de bastardos sin padre.

—Es aberrante.

—Lo es.

De pronto quedaron en silencio, y Juan aprovechó para observar a esa mujer que tanto amaba. Todo en ella le gustaba: su bello exterior, y su gran interior.

—¡Tenemos que darnos prisa, hay que buscar otro barco! —exclamó Violet, poniéndose de pie. Necesitaba disimular la turbación que la mirada de Juan había causado en ella.

Entonces, por primera vez desde que comenzara su viaje hacia Australia, Violet se sintió complacida de no tener nada que hacer, ya que no había pagado pasaje y el cocinero del barco no admitía mujeres en su cocina.

Estaban ya por el segundo mes de travesía por el Océano Atlántico, cuando llegó el tan esperado grito del vigía:

—¡Ballena! ¡Ballena a estribor!

Capítulo 18

Y como las veces anteriores, comenzó el deambular por el puerto en busca de un barco que los llevara al destino que Violet pretendía ir, sin embargo, a pesar de haber varias naves de pasajeros ninguno los acercaría ni remotamente a Oceanía.

Cuando ya estaba a punto de darse por vencida, y aceptar que se quedarán en la ciudad en espera que apareciera un barco que les sirviera, Juan tuvo una visión.

—No está todo perdido —dijo—, al final del muelle está anclado el Sea Hunter. Conozco al capitán, quizás acceda a llevarnos.

—¿Es un barco de pasajeros? ¿A dónde se dirige?

—Es un ballenero, y suele cazar en el Pacífico Sur. Por lo menos nos dejaría más cerca de la ruta de barcos que vayan a Australia.

—¿Es que hay muchos puertos en el Pacífico Sur?

—No, pero creo que vale la pena intentarlo. A menos que quiera quedarse aquí en espera de otro barco.

—Y ese capitán, ¿es confiable?

—No es como Almeyda si es lo que desea saber.

—Está bien. Vaya y hable con él.

Bueno, otra vez tendría que depender de Juan Griffin para que le consiguiera un barco, y aunque no lo quisiera eso la aproximaba a él cada vez más.

—Niños, ustedes se quedan conmigo —les ordenó a sus hijos que ya habían comenzado a seguir las pisadas del hombre, y ellos obedecieron de muy malas ganas como cabía de esperar.

John Robbins era un hombre enjuto y demasiado alto, lo que hacía que su espalda se viera jorobada. Las puertas y las dependencias de los barcos solían ser bajas y por ende con el pasar del tiempo su espalda parecía curvarse más y más. Al menos eso le pareció a Juan al divisarlo después de dos o tres años que no se encontraba con el en algún puerto del mundo.

—¿A quién tenemos por aquí?! —exclamó John con jovialidad en cuanto vio a su viejo amigo poner el primer pie en su barco—. A estas alturas te hacía casado con Rosario y al menos cinco hijos. —El rostro flaco de John se marcaba entero al sonreír.

—Estoy muy joven todavía para meterme en más problemas.

Ambos hombres se abrazaron con cariño genuino. A pesar de que nunca habían navegado juntos, solo fue necesaria una semana de conocerse en el puerto de Valparaíso, durante una temporada de tormentas en que los barcos no pudieron zarpar, para que su amistad se volviera profunda. Y desde aquella vez, cada vez que coincidían en algún país del mundo, no disimulaban el afecto que sentían el uno por el otro.

—¿Y tu barco?

—Camino a Australia, supongo.

—No me digas que Mc Coy se atrevió a despedirte.

—No, fui yo quien lo abandonó... Estoy acompañando a una dama y sus hijos que necesitan llegar a Australia.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial?

—Está indefensa. No es una mujer de nuestra clase.

—¿Es una Lady con la nariz respingada?

—Es una Lady, pero no tiene la nariz respingada. Es encantadora, y muy humana también.

—¿Estás enamorado!

Los pómulos de Juan enrojecieron.

—Está muy bien, amigo mío, a todos nos llega la hora en algún momento.

—¿Hacia dónde te diriges? ¿Nos podrías llevar en tu barco?

—Haremos la ruta del sur, pasando por el Estrecho de Magallanes, hasta llegar al puerto de Valparaíso.

—¿Valparaíso?

—¿Nos llevarás?

—¿Querrá viajar a bordo de un ballenero?

—¿Por qué no? Llegamos aquí en un barco repleto de esclavos. Ella hubiera querido liberarlos a todos, pero apenas lo consiguió con una mujer y su hijo.

—Con suerte, en Chile podrá subirse a un barco que la lleve a Australia.

—Sí.

—Pero la perderás.

—Nunca ha sido mía.

—Ve por ellos, estamos próximos zarpar.

Habiéndolo premeditado o no Juan se había salido con la suya: llevar a Violet a su país. Ella no sabía si enfurecer o estar agradecida por toda la preocupación que él le prodigaba. Así que ahí se encontraba junto a sus hijos, Juan, y Alike con el pequeño Akon, quien había rehusado quedarse en Brasil al ver tantos esclavos. Le dijo a Violet en las pocas palabras que dominaba, que prefería ser su sirvienta para siempre que arriesgarse a ser tomada prisionera nuevamente y ser esclavizada. Ante tal argumento, Violet no pudo negarse y decidió llevarla con ella. Viendo el lado positivo, no estaría sola para afrontar lo que se viniese por delante, ya que con seguridad Juan solo la acompañaría hasta Valparaíso.

—Señora Bellamy, debe tener en cuenta que el viaje puede durar más de un año, puesto que viajamos detrás de las ballenas y no en línea recta como un barco de pasajeros.

Estaban cenando en el camarote del capitán, y Violet había descubierto que John Robbins era

un hombre agradable con el que era fácil charlar, y eso la hacía sentirse muy cómoda.

—Lo entiendo, señor Robbins, pero le aseguro que prefiero estar el tiempo que sea necesario en altamar antes que quedarme en alguno de los lugares que visitamos.

Los niños estaban felices porque serían testigos en primera persona de la caza de estos enormes cetáceos.

—Lo único que les pediré es que no se pongan delante de los hombres y del movimiento en general cuando estemos cazando, porque el alboroto que se arma es fenomenal, ya que se deben bajar los botes al mar.

—No se preocupe, capitán guardaremos distancia.

—Cuando nos aproximemos al sur seguramente encontraremos muchas tormentas, sobre todo al pasar por el estrecho. Deberán mantenerse bajo cubierta todo el tiempo.

—Sí capitán.

—Pero mientras nada de eso ocurra, pueden pasear y disfrutar del sol. Mis hombres no los molestarán. Están bien entrenados.

Violet se quedó tranquila al saber que no sería víctima de acoso por parte de la tripulación del Sea Hunter

Capítulo 19

El alboroto y la algarabía que se armó en el barco fue más que fenomenal, pues según el vigía lo que estaba avistando era un macho, lo que ponía alegre a todo el mundo ya que significaban más barriles de *espermaceti* o *blanco de ballena*, ingrediente fundamental para muchos productos comenzando por el combustible de las lámparas de aceite.

Tres barcos descendieron hasta la superficie del océano. Uno iba comandado por el capitán, y los otros dos por los oficiales superiores después de este.

Violet jamás había visto una ballena, más que en ilustraciones de algunos libros de Tyler.

Al principio sintió miedo al ver un pez de tal envergadura, y así se lo hizo saber a su hijo mayor.

—No es un pez, mamá, es un mamífero.

—¡Es tan grande!

—Sí.

—¡Y hermoso!

Mientras hablaban observaban las maniobras de los botes que bogaban con rapidez detrás del gigante marino. El animal entraba y salía del agua. No parecía tener consciencia de lo que le esperaba y nadaba con lentitud sacando la cola de vez en cuando, o saliendo a expulsar agua por el orificio del lomo.

—¡Pobrecilla, no tiene idea de lo que le espera! ¡Es tan bella!

Luego de cuatro extenuantes horas, los botes regresaron remolcando al pacífico gigante que en vez de agua emitía sangre por su orificio.

Violet nunca sintió preferencia o cercanía por ningún animal doméstico, pero ver esta mole de carne que navegaba majestuosa por el océano, ser tan vilmente asesinada, recogió su corazón y no logró aplacar las lágrimas que comenzaron a rodar silenciosas por sus mejillas. Por último, buscando consuelo para su dolor refugió su rostro en el pecho de Juan. El hombre la abrazó e intentó confortarla lo mejor que pudo.

—Será mejor que en el futuro se abstenga de presenciar estos sacrificios —le dijo él con voz queda.

—Es tan natural usar el aceite, pero jamás...

—Lo sé, y será mejor que baje, lo que viene es aún peor.

—¿Me acompaña?

—Sí. ¿Dejamos a los niños acá?

—Si es una barbarie no quiero que la presencien. Mándelos un rato con Alike, ahora no podría afrontar sus preguntas y quejas por no dejarlos quedarse en la cubierta.

—Vaya al camarote, regreso enseguida.

Obedientemente, Violet hizo lo que Juan ordenaba.

El capitán Robbins en un acto de gentileza le había asignado un pequeño camarote a Alika, ya que, para él, acostumbrado a que en su país existía la esclavitud no veía con buenos ojos que ama y sirvienta compartieran cuarto. En tanto, ella estaba acomodada con los niños, y Juan, por decisión propia dormía con la tripulación ya que no le mintieron al capitán Robbins diciéndole que estaban casados.

Violet estaba pensativa cuando Juan hizo su aparición en el camarote. Se quedó observándola por un breve instante. Ella tenía el rostro alzado hacia el cielo raso y su cuello suave lo invitaba a posar sus labios en él. Simplemente esa mujer le quitaba el aliento.

Juan carraspeó para hacerse notar. Ella de inmediato volvió el rostro hacia él. Sus ojos enrojecidos aún estaban húmedos. ¿Cómo no amar a una mujer que era capaz de tanta sensibilidad ante sus semejantes y los seres vivos en general?

—Hasta que lo consiguió, ¿no? —fueron las primeras palabras de ella al verlo traspasar el umbral. Él la miró interrogante. —Llevarme a su país.

—¡Oh, eso! Es mera coincidencia, no sabía que el Sea Hunter estaría en Brasil. Él y yo solo nos juntamos a charlar cuando coincidimos en el mismo puerto. Hacía unos tres años que no nos veíamos.

—Está bien, Juan. No me de tantas explicaciones. Sé que no fue a propósito, así como también sé que si en Valparaíso encontramos un barco que nos lleve a Australia, usted nos ayudará.

—Fue mi compromiso, Violet.

Violet. Primera vez que la llamaba así. Sonaba dulce su nombre en los labios de él, pero había algo más, era como si lo pronunciara con pasión. El vello de la nuca se le erizó, como si de pronto alguien hubiera soplado su cuello.

—Gracias, Juan.

—¿Cómo se siente?

—Mejor.

—Le gustará Valparaíso.

—¿Cree que estaremos mucho tiempo allí?

—El que sea necesario hasta que aborden un barco.

—¿Y usted?

—Supongo que abordaré un barco diferente.

—Pensé que querría quedarse en casa.

—¿Para qué?

Él se aproximó hacia ella, pero Violet se puso de pie y se acercó a la pequeña ventana de ojo de buey.

—Para estar con su familia.

—Solo me quedaría si hubiera alguien por quien deseara estar allí.

Juan se aproximó todavía más, hasta casi rozar el cabello de ella con sus labios.

Violet lo sentía respirar sobre su cabeza. La piel le ardía con su cercanía. En su estómago había un vacío inquietante. Su cuerpo anhelaba ser tocado. Hacía tanto tiempo que no se sentía como una verdadera mujer. ¿Por qué no si era una mujer adulta y sin compromisos? Violet se dio la vuelta para quedar de frente a él. Ella levantó la vista, y el inclinó la cabeza. No necesitaron palabras para expresar lo que ambos deseaban.

Juan la tomó en sus brazos y la besó con lentitud. No fue un beso casto, ni violento como el de la última vez. Fue un beso apasionado, que pretendía demostrar todo lo que ansiaba hacer con ese níveo cuerpo.

Violet se colgó de su cuello y jugueteó con el cabello de su nuca, haciéndolo gemir por la excitación que lo hacía sentir.

Ya no quisieron esperar más. No querían fingir que entre ellos no había esa chispa esperando convertirse en llamarada. Juan desabrochó la blusa de ella para besar a sus anchas ese cuello cremoso, sus hombros y continuar hasta el nacimiento de sus senos.

Violet creía que estaba cayendo a un abismo y necesitaba asirse con firmeza a los fuertes brazos de él.

—Juan —dijo, con un hilo de voz.

—No diga nada. Solo déjese llevar.

—Me caigo.

—No. Es solo una sensación.

—No me deje caer.

—No lo haré.

Él la tomó en sus brazos y la depositó sobre el lecho.

Ella con dedos torpes comenzó a soltar la camisa de él, mientras le besaba el pecho para responder a sus caricias...

—¡Mamá! —gritó de pronto la voz de Tyler en el corredor. —¡Los hombres están dentro de la ballena! ¡Mamá, ven a ver!

Capítulo 20

Como impelidos por un resorte ambos saltaron de la cama, y con los rostros aún arrebolados comenzaron a arreglar sus ropas.

Cuando Tyler empujó la puerta, Juan miraba por el ventanuco, y Violet buscaba algo en su costurero.

—¡Mamá, hay hombres dentro de la ballena! —gritó otra vez Tyler cerca del oído de Violet, muy excitado.

—¿Qué dices, Tyler?! —preguntó ella alterada, dejando caer el costurero—. ¿No estaban con Alika?

—Me escapé, mamá.

—Eso estuvo muy mal. ¿Y tu hermano?

—Está con Alika y el bebé.

—Iré para allá.

—Violet, no vaya —ordenó Juan con suavidad. —Tiene que subir a cubierta para ir al camarote de Alika. No es aconsejable.

—¡Alika es una irresponsable! La regañaré y traeré a Francis. Tú te quedas con Juan —le ordenó a su hijo mayor, apuntándolo con el dedo índice.

—Violet —insistió Juan, pero ella no escuchó. Solo quedó el rumor de sus faldas alejándose por el corredor.

Cuando llegó arriba sabía que no encontraría un espectáculo agradable, pero jamás imaginó que sería tan chocante: enormes calderos hirviendo en el que iban depositando los trozos destazados de la ballena para ser transformados en aceite; hombres sumergiéndose en su interior para obtener todos los líquidos esenciales del animal; hombres cortando sus barbas que también serían vendidas para ayudar a afinar la cintura de las damas, o acabarían en los paraguas de los caballeros, o en las sombrillas para protegerse del sol.

Al ver este cuadro horripilante, Violet no pudo contener las náuseas y tuvo que correr hasta la borda para expulsar el vómito atrapado en su garganta.

De pronto unos brazos fuertes la sostuvieron; era Juan que la había seguido sabiendo cuál sería la reacción de ella ante tamaña visión.

Nuevamente Violet se refugió en su pecho para llorar.

—¡Oh, Juan!, ¿qué hacen estos hombres?!

—Trabajar para poder iluminar las casas.

—Lo sé, pero...

—Cuando tú te perfumas no sabes de dónde viene la esencia principal.

—No, pero sí sé de dónde vienen las ballenas de mi corset. Sin embargo, saberlo y presenciarlo no es lo mismo. ¡Juro que nunca más me pondré una maldita cosa de esas!

—Baje a su camarote, yo iré por Francis.

Violet asintió con la cabeza. Se alejó sin volver la vista atrás para no tener que ver nuevamente la faena.

En el camarote, Violet pensaba mientras contaba las tablas del suelo. Desde que habían emprendido el viaje, todo había sido más turbulento que el océano. Tres barcos. Tres aventuras horribles. ¿O es que acaso ella era muy débil para aceptar la realidad de la vida? ¿Significaba que no sería capaz de afrontar los inconvenientes que se le presentaran en Australia? Su prima contaba en sus cartas que a veces tenían problemas con los aborígenes que no aceptaban la invasión a sus tierras. ¿Se estarían trasladando a un campo de batalla? ¿Estaría equivocada su elección? Dios, bendito, ayúdame, susurró, esperando escuchar una voz que le indicara el camino.

—Perdón, mamá —dijo de repente Tyler.

—Ya está olvidado, Tyler, pero no lo vuelvas a hacer. Tienes que aprender a obedecer. Un día esa irresponsabilidad te podría costar caro.

Tyler se limitó a inclinar la cabeza. Le había pedido perdón a su madre, pero no podía prometer que no volvería a escaparse.

Cuando Juan llegó con el pequeño Francis encontró a madre e hijo abrazados. La escena lo conmovió y no fue capaz de contarle que había regañado a Alike hasta hacerla llorar.

—¿Cómo está? —le preguntó a Violet.

—Mejor, gracias, pero cuestionándome las decisiones que he tomado.

—¿Arrepentida de haber venido?

—Arrepentida de mi apresuramiento. De no haber esperado un barco de pasajeros. Dudosa de lo que vamos a encontrar en Australia.

—Yo le propuse una alternativa, pero usted está obsesionada.

—No es obsesión, es... Es lo más natural que prefiera estar con parientes.

—Bueno, comprendo, no crea que no. Solo le pido que no continúe pensando en nada hasta que lleguemos a Valparaíso.

—¡Falta tanto! Solo espero que no encontremos más ballenas.

—Si completaron la carga no habrá más ballenas.

Violet sonrió aliviada. Con suerte el resto del viaje sería tranquilo, y en efecto esa noche el capitán Robbins se lo confirmó en la cena del día siguiente.

—Lamento que haya tenido que presenciar las faenas, pero mientras no exista otro combustible para las lámparas, y necesitemos velas, continuará la caza.

—Parecen animales gentiles, capitán.

—Sí mi señora, pero dicen que una gran ballena acosó un barco que la intentaba cazar hasta hundirlo.

—No la culpo, si a mí me siguieran con todas esas cosas que usan ustedes, no sé lo que haría. Quizás defendía a los suyos.

—Puede ser —repuso el capitán, pensativo.

Tal como había prometido el capitán, los días se volvieron apacibles. La tripulación solo estaba ocupada en tomar sol, pescar y practicar juegos de mesa. Pasó otro mes más, y a medida que se acercaban al sur, el tiempo se ponía más frío, pronto estarían cruzando el Estrecho de Magallanes para remontar hacia el norte por el Océano Pacífico. Vieron más ballenas, pero no se bajaron botes y el barco no se aproximó a ellas. Violet y los niños observaban admirados a esos gigantes pacíficos que parecían saludarlos desde el agua. Pero cuando ella creía que el peligro había pasado, el vigía que no cesaba de otear el horizonte, llamó la atención de todo el mundo con un grito inesperado.

—¡Cachalote a la vista! ¡Cachalote con su madre!

—¿Qué es eso? —preguntó Violet.

—Una cría de ballena. Su cerumen es muy valioso.

—¡Oh!

Nuevamente descendieron los botes. Esta vez la persecución fue más corta.

Capítulo 21

Después que hubieron obtenido lo que buscaban en el cachalote, el capitán anunció que paraba la caza de ballenas, al menos por el presente año. Ahora fijarían rumbo hacia Valparaíso; donde venderían parte de la carga; a través del Estrecho de Magallanes, y posteriormente se dirigirían a Estados Unidos arribando a un puerto diferente del que habían zarpado.

—¿Por qué si salió de un puerto va regresar a otro, capitán? —preguntó Tyler, muy interesado en el itinerario, otra noche que estaban cenando todos juntos.

—Porque la gente para la que trabajo tiene filiales en varias ciudades, entonces da lo mismo a cuál regrese.

—¡Ah! ¿Y por qué vamos a Chile?

—Para entregar algunos barriles, y divertirnos un poco con las damas del puerto.

—¡Capitán!

—Perdón, señora Bellamy, el chico preguntó y yo suelo ser honesto.

Juan rió, y Tyler abrió mucho los ojos.

—En fin, en un mes más estaremos cruzando el estrecho y deberán prepararse para el mal tiempo.

—¿Mal tiempo?

—En el Estrecho de Magallanes convergen dos océanos, por lo tanto, las corrientes son fuertes y se forman muchas tormentas —explicó Juan. —Muchos barcos han naufragado en esas aguas desapareciendo con todos sus tripulantes.

—¿Y por qué hemos de pasar por un lugar tan peligroso?

—Porque no existe otro paso, señora Bellamy. Si fuéramos más al sur, tendríamos que lidiar con los témpanos de hielo provenientes de la Antártida. Pero no se preocupe, con suerte llegaremos con bien a Valparaíso. Mientras tanto, disfrutaremos de un mar tranquilo.

Tal como lo predijera el capitán Robbins, continuaron navegando por un mar tranquilo, interrumpido solo por los paseos de las ballenas y los delfines que hicieron la delicia de las mujeres y los niños.

Aprovechando uno de estos momentos, Juan se acercó a ella, tal vez demasiado. No habían tenido otra oportunidad de estar a solas como esa tarde, y eso lo tenía frustrado. El deseo que sentía por esa mujer le dolía físicamente. Ya eran muchas las noches de insomnio pensando en ella: soñándola, amándola, deseándola. A veces quería que el mar se los tragara a todos y los dejara a ellos dos solos, pero ese deseo era demasiado drástico, Violet se moriría sin sus pequeños.

—¿No está demasiado cerca, Juan? —preguntó ella, azorada.

—¿Lo cree? Estuvimos más cerca el mes anterior.

—¿Sí? No recuerdo.

—Claro, estaba frágil. Fue eso, ¿no?

—Sí. Pudo ser eso.

—¡No juegue conmigo! —siseó él en su oído, tomándola con fuerza del codo sin importar si alguien los observaba.

Violet se limitó a mirarlo con desdén, y él al ver el desprecio en esos ojos azules, se sintió pequeño.

Juan se alejó sumido en la rabia y la vergüenza.

Violet se quedó mirando la espalda de Juan. Lamentaba haber actuado así con él, pero no podía permitir que él pensara que ella sentía algo más que amistad. No podía admitir que se había convertido en alguien tan importante que lo único que desearía, si es que le estaba permitido anhelar algo, era que formara parte de su vida para siempre.

Si supiera él la agonía que había significado separarse de su cuerpo cuando había creído que la haría suya. Jamás sospecharía que todo su ser clamaba por una satisfacción que solo él le podía otorgar. Quizás era mejor que la odiara ahora, y no después cuando se arrepintiera de cargar a cuestas con una mujer viuda con dos niños de otro hombre.

Toda la alegría que había sentido momentos antes se había esfumado. Mientras Alike y los niños reían, el corazón encogido de Violet derramaba lágrimas de sangre: estaba enamorada de Juan Griffin, pero él nunca lo sabría.

Juan solo quería arrojarse al mar y que un tiburón lo devorara. ¡Cómo había podido ser tan iluso! Creer que Violet comenzaba a sentir lo mismo que él, había sido la máxima idiotez del mundo, no, del universo, y como allí no había tierra que lo pudiera tragar, la mejor alternativa era hundirse en las fauces de un escualo.

Después de un rato y de golpear algunas tablas con el puño, se calmó. Amaba tanto a esa mujer. La amaba, aunque fuera endemoniadamente obcecada. La amaba, y aunque ella lo rechazara, él continuaría a su lado cuidándola, protegiéndola, hasta que se diera cuenta que su lugar estaba junto a él.

Sin embargo, desde ese día Juan procuró mantener las distancias. Por las noches se quedaba a beber con el capitán y en las horas muertas permitía que Tyler le enseñara ajedrez. Inclusive, algunas mañanas, Violet había permitido que se lo llevara en un bote a pescar. Por lo tanto, el lazo entre los dos se había estrechado al punto de que cualquiera que los viera imaginaba de inmediato que eran padre e hijo.

Violet creyó que Juan lo hacía por venganza, por lo que le molestaba sobremanera verlos juntos, pero no podía impedirlo sin parecer despechada. En su cabeza no cabía la idea de que Juan solamente la evitaba para no tener que sufrir su cercanía.

El clima fue tornándose frío, y la llovizna más constante. A su vez el barco comenzó a balancearse más de lo normal. Al parecer se aproximaban al estrecho.

Los días se volvieron monótonos al tener que quedarse bajo cubierta por órdenes del capitán. Y así, de un día para otro, la llovizna se convirtió en una feroz tormenta. Era tan solo el principio de las más de trescientas millas que tardarían en navegar por el Estrecho.

El mar agitado se transformó en un mar embravecido, ávido de tragar cualquier objeto que se atreviera a surcar esas aguas.

Este fue el comienzo de una dura pelea del hombre contra los elementos. Juan llevó a las mujeres y a los niños al camarote del capitán ubicado bajo el castillo de proa, ya que por estar en un nivel intermedio, quizás tendría menos probabilidad de inundarse, ya que los camarotes seguro que se llenarían de agua si los hombres eran insuficientes para achicar la que entrara al barco.

Los niños estaban asustados, el bebé Ekon berreaba a más no poder. Violet estaba pálida como un papel, y Alike oraba a sus dioses.

Después de dejarlos allí, Juan se dirigió a la puerta para salir.

—¿A dónde va?! —chilló estridente, Violet.

—Debo ayudar.

—Ellos son muchos, usted solo uno. Quédese... Por favor.

—No puedo, Violet.

De pronto, regresó y tomando el rostro de ella entre sus manos le dio un ligero beso.

—Por si no logro escapar a la tormenta.

Capítulo 22

Violet se quedó allí, petrificada, como una estatua de piedra: Por si no logro escapar de la tormenta, le había dicho Juan, y en efecto, no sabía si lo volvería a ver.

Los movimientos del barco la hicieron despertar de su letargo. Se hizo rápidamente cargo de la situación, y mandó a los niños a subirse en los catres, lo mismo le ordenó a Alike que sostenía al bebé en sus brazos con fuerza. Y era, porque nada podría evitar que el agua de cubierta entrara al camarote ubicado bajo el castillo de proa, pero según Juan era más fácil librarse de esta agua que la que entraría a las bodegas y camarotes de abajo.

Los vientos fuertes continuaron mientras pasaban por distintos puntos donde se encontraba la corriente del Estrecho con la de los canales. Las altas olas zarandeaban el barco y en varias ocasiones pareció que el barco iba a zozobrar. Y así sería durante todo el tiempo que el Sea Hunter se tardaría en recorrer el Estrecho de océano a océano. Violet se preguntaba si volvería a ver a Juan cuando regresara la calma. Eso lo sabía solo el Todopoderoso.

Los hombres estuvieron muy ocupados el primer día de tormenta, asegurando los barriles, ya que el el buen capitán Robbins prefería perder a un tripulante que parte de la valiosa carga que llevaba. Sin embargo, a esta gente de mar, acostumbrada a pasar por este tipo de vicisitudes durante sus viajes de caza, los temporales no hicieron mella en sus cuerpos, más que unos pocos golpes y rasguños de las cosas que se movían en todas direcciones debido al fuerte bamboleo del barco.

—¿Hace cuánto tiempo que no estabas en una borrasca como esta?! —gritó el capitán a Juan, mientras amarraban unos barriles a la borda.

—¿Cómo esta, solo cuando pasamos por acá, y eso no es muy seguido! —respondió Juan de la misma forma.

—¿Haz de quererla mucho!

Juan no alcanzó a responder porque una gran hola los cubrió de repente enviándolos lejos. Juan se puso de pie con dificultad. Su frente sangraba, pero no se dio cuenta. Miró a través de la lluvia y no vio a su amigo. Comenzó a caminar como pudo, buscando en la dirección que imaginó que estaría. Finalmente lo encontró con la cabeza casi metida entre unas cajas. Al llamarlo y este no responderle se percató que estaba inconsciente.

Con bastante esfuerzo logró arrastrarlo hasta el camarote. Aunque delgado, Robbins era un hombre largo con un cuerpo difícil de manejar.

Debido al ruido reinante, nadie escuchó los golpes en la puerta, y cuando esta se abrió de golpe, todos los que estaban adentro pensaron que el barco se estaba yendo a pique.

—¿Necesito ayuda! —gritó Juan para hacerse oír.

De inmediato Violet soltó a los niños y fue en su auxilio. Entre los dos lograron meter a Robbins dentro y luego se dedicaron a la tarea de ponerlo sobre uno de los catres.

—No sé cómo puede dormir este hombre aquí si ni siquiera cabe en su propia cama —se lamentó Violet al ver que los pies del capitán sobrepasaban el largo del catre.

—John casi nunca duerme aquí, prefiere una hamaca —explicó Juan. —Yo tengo que regresar, ¿puede atenderlo usted?

—Por supuesto, Juan, no se preocupe.

Cuando Violet volteó a ver al herido, Alika ya se había hecho cargo. Había encontrado una toalla y lo estaba secando mientras murmuraba unas palabras en su idioma. Entonces desde ese momento los papeles se invirtieron y Violet pasó a ser la asistente de la joven.

Alika cuidó durante tres días al capitán con una diligencia propia de una enfermera o una esposa. El hombre estuvo con fiebres tan altas que en varias oportunidades temieron por su vida. Cuando el viento amainó un poco, John Robbins recuperó la conciencia, y lo primero que vio fue el rostro de Alika muy cerca del suyo, atenta a todos sus movimientos.

—Creo que que me morí y llegué al cielo —fue lo primero que dijo al abrir los ojos.

Y nadie supo si fue producto del golpe, o de los atentos cuidados de Alika, que desde ese día el hombre no quiso apartarse de su lado. Por primera vez pensó en tener una mujer definitiva. Su ángel de ébano, como él la llamaba se le había metido dentro del corazón, y ella que provenía de otra cultura y tenía por ende diferentes costumbres bien pronto estuvo compartiendo hamaca con el capitán. Robbins juró que haría de ella una mujer decente y que se casaría a la primera oportunidad. Juan y Violet se alegraron por ellos, y planificaron efectuar la boda en Valparaíso.

Aunque a Juan le hubiera gustado que la unión que celebrarían fuera la de él con Violet, se había prometido no presionarla. Mantendría su palabra, y esperaría paciente a que ella se diera cuenta que no podrían estar separados.

Los días siguientes continuaron con buen tiempo, pero cuando las aguas del Estrecho se juntaron con las del Canal Jerónimo, quedó de manifiesto que lo vivido antes era nada comparado con esta etapa del viaje: las corrientes de más de tres nudos les acompañarían por un buen trecho, mas, a medida que avanzaran hasta el Cabo Pilar, tendrían hermosas vistas de los fiordos del sur de Chile.

Capítulo 23

El tiempo cambió radicalmente, y en efecto la vista de los islotes verdes por los que iban pasando, maravillaba la vista de Violet. Nunca imaginó tanto verdor y tantas aves.

—Australia no es tan bella —murmuró Juan en su oído.

—Es diferente —aceptó ella.

—Canguros y arañas gigantes.

—No tengo nada contra los canguros.

—¿Y las arañas?

Violet se estremeció.

—Lo imaginé.

—¿Qué?

—Nada. No se aflija todavía. Disfrute la vista.

—Gracias.

Violet se quedó pensando en lo que Juan le había dicho, pero claro, él le diría cualquier cosa que la disuadiera de continuar su viaje a Australia. Su corazón estaba dividido entre el querer y el deber. ¿Continuar con Juan, a quien apenas conocía, en un país desconocido? ¿O Australia con gente que era parte de su familia, y que conocía desde siempre? Tal vez lo mejor era dejar las respuestas en las manos de Dios, pues él sabía bien cómo resolver el destino de la gente.

Continuaron navegando por varios días en mar abierto una vez hubieron salido del canal.

Violet dedicó esos días a reparar sus ropas, a adaptar un par de atuendos para Alika y el bebé, y remendar los pantalones de los niños, y por supuesto a disfrutar la tranquilidad del Océano Pacífico.

Con Juan no volvieron a tocar el tema de su destino final, y él una vez más se alejó de ella. O eso es lo que pensó Violet, ya que el hombre, más tozudo que ella, no pensaba permitir que la mujer que le quitaba el sueño se saliera con la suya.

Cuando el Sea Hunter, arribó por fin al puerto del Valparaíso, con todos sus pasajeros y tripulantes intactos a bordo, Violet no supo qué sentir.

No cabía duda que era un lugar bello, con cerros que llegaban casi hasta el mar, con casas salpicadas aquí y allá en sus colinas.

A medida que el barco iba entrando en la bahía, pudo comprobar la gran diferencia con el puerto que había dejado atrás: casi todas las casas del plan eran blancas con techos rojos y de un

solo piso. También alcanzó a divisar una avenida larga flanqueada por árboles.

—¿Le gusta? —le preguntó Juan.

—Sí, pero...

—¿Es pobre?

—No quise decir eso.

—Mi tierra es humilde, Violet, pero su gente es cálida. Y aquí no encontrará amos con látigo azotando a sus esclavos... Mire hacia allá —añadió él, apuntando hacia un cerro en especial—, —ahí encontrará muchos compatriotas suyos.

—¿En serio?

—Es el Cerro Alegre.

—¿Cerro Alegre? —intentó repetir ella.

—Tendrá que aprender español.

—¿Cree que sea necesario?

—Lo será.

Violet no añadió nada más, dejaría que Juan pensara lo que quisiera. Si se hacía falsas expectativas, la decepción sería solo de él.

Al bajar del barco, la primera reacción de todos fue llevarlos a la casa de su madre, situada en El Almendral, a una de esas casitas blancas con techo rojo.

—¿No tienes dinero para llevar a la dama a otro lugar? —le preguntó Robbins a Juan—. Tú sabes que este barrio es peligroso.

—Lo sé, pero mi familia es bien conocida en los alrededores.

—Como quieras, pero no digas que no te lo advertí.

—Lo tendré en cuenta, John.

Se subieron todos a una carreta que se deslizó por una callejuela estrecha entre la llanura arenosa, hasta que llegaron a la calle larga llamada El Almendral. La carreta continuó con su lento traquetear, pasando por entre las casas blancas de techo rojo que había divisado desde el puerto. Su paso fue seguido por ojos curiosos, a pesar de que ya la gente estaba acostumbrada a ver cabezas rubias, ojos claros, y pieles blancas como la espuma del mar, pero no tenían mucha oportunidad de interactuar con ellos, pues la mayoría, por no decir todos, buscaban de inmediato alguna casa en el cerro de los inmigrantes.

La carreta se detuvo en una casa de las mismas características de las otras, pero más grande. En su interior se escuchaban murmullos y risas. Violet se estaba preguntando si Juan los habría traído a una taberna, cuando un grupo de gente salió a ver a los recién llegados: los brazos en alto y las lágrimas no se hicieron esperar.

—*¡M'ijito, por fin!*

—*¡Mamacita!*

El abrazo entre Juan y la mujer fue largo y estrecho. A Violet se le humedecieron los ojos al

presenciar el reencuentro de madre e hijo. Juan tenía los ojos claros y la tez algo más clara, pero el parecido entre ambos era innegable.

Ella quiso apartarse para no parecer una intrusa, pero Juan no se lo permitió.

—*Madre, ella es Violet.*

—*¿Violeta? ¿Una extranjera? ¿Y esos chiquillos son tuyos?*

—*No, madre. Ella es viuda, solo la estoy acompañando mientras decide qué hacer.*

—*Eres un buen hombre hijo mío.*

—*Sí madre, pero hay algo que debe saber, yo amo a esta mujer y pretendo que no continúe su viaje.*

La incomodidad de Violet fue en aumento: percibió con claridad que hablaban de ella, pues la madre de Juan no dejaba de mirarla y apuntar hacia ella.

—*¿Y la Charo?*

—*Nunca he tenido algo serio con ella.*

—*Solo te advierto que habrá problemas.*

—*Bueno, no hablemos más de esto por ahora, estamos en plena calle en vez de estar atendiendo a los huéspedes.*

—*¡Entremos pues!*

Cuando entraron, Juan reunió a toda la familia, y se los fue presentando a Violet.

—Violet, esta es mi madre: Carmen González, la dueña de este lugar. Este es Luis Araya, mi padrastro, quien ha sido mi verdadero padre. Y estos dos son mis hermanos menores: José y María Araya, son artistas y ayudan a mi madre con el negocio.

Violet extendió su mano y se las estrechó a todos. Dijo algunas palabras en inglés, que Juan tradujo. Luego fue el turno de la familia.

—Familia, esta es la señora Violet Bellamy y sus dos hijos Tyler y Francis. Ellos son de Inglaterra y supuestamente están de paso, pero quiero que los hagan sentir como en casa, que los atiendan bien y sena corteses con ellos. A John ya lo conocen. Se casará en estos días con la señorita Aliká, a quien conocimos en el barco del portugués esclavista, así que tendremos que organizar el casorio.

La familia, quien ya conocía al capitán, aplaudió la noticia. Doña Carmen mandó a buscar la mistela para celebrar, y ya empezaban a repartir los vasos cuando una voz interrumpió la algarabía.

—*Falto yo, ¿o es que no piensan invitarme?* —preguntó una voz profunda.

Capítulo 24

La voz correspondía a una hermosa mujer morena de belleza exuberante. Al verla, Violet pensó que si fuera hombre con seguridad se prendería de ella, ya que era imposible que pasara inadvertida.

—*Es una celebración familiar.*

—*¿Familiar? ¿Entonces qué hace toda esta gente aquí? —preguntó ella, haciendo un gesto con las manos hacia los parroquianos.*

—*Creo que entiendes lo que pretendo decir.*

—*Lo entiendo, mas no lo acepto. ¿Una celebración sin invitar a tu mujer?*

Rosario se aproximó a Juan e intentó besarlo, pero él la esquivó con disimulo. Violet sintió una punzada en el vientre, por fin había comprendido quién era ella. Es decir, Juan no estaba solo.

Jamás pensó que podría sentirse tan herida. Entre ellos no había pasado algo significativo, bueno, las circunstancias no se lo habían permitido, pero hubiera sido solo carnal. Él nunca le dijo que la amaba, y ella no sabía lo que sentía dentro de su corazón, entonces ¿por qué le dolía tanto?

Sin pedirle permiso a nadie, Violet retiró una silla y se sentó en ella. Hubiera tomado a sus hijos de la mano, y salido de aquel lugar, pero no tuvo las fuerzas suficientes. Solo esperaba que la continuaran ignorando, y vería la forma de salir lo más rápido posible de ese lugar.

—*No me voy a poner a discutir ahora contigo, pero quiero recordarte que nosotros terminamos la última vez que estuve aquí.*

—*Hace tres años.*

—*Sí.*

—*Creo que las cosas no son así. Espera hay alguien a quien quiero presentarte... ¡Rosalia!*
—Rosario llamó sin voltearse siquiera.

A los pocos segundos apareció una niña de unos catorce años a quien todos reconocieron como hermana de Rosario. De su mano caminaba un pequeño moreno, vestido como hombre adulto.

—Juan, te presento a tu hijo Juanito.

Juan permaneció de pie allí, atónito por la noticia. Al resto no pareció sorprenderle la buena nueva, solo se limitaron a desviar la vista para no ser invocados a dar explicaciones, solo John Robbins lo miró con una expresión mezcla de pena y burla por su ingenuidad.

Juan se recuperó pronto y sacó el habla.

—*Mamita, por favor dele la mejor pieza a la señora y sus hijos. Y tú, hermanita, encárgate del capitán y de Alike con su bebé... Rosario, quiero que te marches, ya hablaremos después.*

—*Pero...*

—*¡Pero, nada!*

La mujer se retiró sin disimular su rabia, descargando un amplio repertorio de maldiciones al

supuesto padre de su hijo. Entretanto, él se fue a a buscar a Violet.

La habitación en la que acomodaron a Violet era amplia, pero sencilla. Contaba con una cómoda con espejo, sobre el que descansaba una jofaina y un jarro a juego, elementos esenciales para el aseo diario. También había un armario antiguo de tres cuerpos y una cama grande. Sobre una pequeña mesa un florero con flores que a Violet se le antojaron silvestres, pero sin duda lo que más le gustó y le llamó la atención fue la colcha, los cojines y las cortinas que cubrían una ventana que daba hacia la bahía: estaban bordadas a mano con hilo blanco sobre una tela del mismo color, y los bordes habían sido trabajados a ganchillo.

El aire marino era refrescante, muy distinto al de Inglaterra. Solo se olía a mar, no a desechos.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó de pronto Tyler.

—No sé, hijo. ¿No te gusta?

—Es que ya no estoy tan seguro de querer ir con la tía de Australia... Extrañaré al señor Griffin, inclusive Francis ya cree que es nuestro padre de verdad, es como si hubiera olvidado al verdadero.

—¿Y eso no te molesta?

—Francis es muy pequeño y no entiende. Yo sé que tuvimos un padre, y no olvidaré, pero ya no está. No va a regresar... Me pregunto, ¿qué tiene de malo tener otro? Juan nos ha ensañado tantas cosas, y nos ha cuidado bien todo este tiempo.

—Si nos quedáramos, ¿no te importa que nunca más recuperemos nuestra antigua vida?

—¡Mamá, nunca más tendremos nuestra antigua vida! En Australia no hay realeza, todos allá se vuelven comerciantes o mineros, o asesinos de aborígenes.

Violet se sentó en la cama. La madurez de su hijo no dejaba de asombrarla.

—¿De dónde has sacado todas esas cosas, Tyler?

—Juan me ha contado todo, y el capitán Robbins también. Ellos han viajado y conocen casi todo del mundo. Yo también quiero hacer eso cuando crezca.

Violet abrazó a su hijo en silencio. No tuvo palabras para refutar o apoyar las suyas, ahora más que nunca no sabía lo que harían.

—Mamá, ¿tú no quieres a Juan?

Otra pregunta que no supo responder.

—Mamá, ¿por qué no escribiste para contarme lo de Charo?

—¿Y qué sacaba con darte preocupaciones, si nada podías hacer desde el mar?

Juan se dejó caer pesadamente sobre el arcón de madera que estaba a los pies de la cama de su madre. Apoyó los codos en las rodillas y se tomó la cabeza con ambas manos.

—¿Qué haré ahora? Yo amo a Violet, y quiero que sea mi mujer. Ella me necesita, y los niños me quieren.

—Yo creo que no es más que una muer que anda buscando quien la mantenga a ella y a sus chiquillos.

—Usted no sabe, madre. Ella era una mujer de alto linaje. Su marido fue acusado de alta traición, y lo condenaron a muerte. Violet decidió marcharse de Inglaterra porque le quitaron todos sus bienes, y sus hijos serían apuntados para siempre con el dedo.

—La verdad es que no parece una señorona.

—Ya hemos estado en tres barcos. Ha pagado los pasajes con sus joyas. Ha aprendido a cocinar y a remendar heridas. Sabe coser y bordar.

—Así como la describes parece un dechado de virtudes.

—Claro que sí, tiene muchas virtudes, y no quiero que por culpa de la Charo salga huyendo.

—Entonces, tendrás que ver cómo te las arreglas.

—Iba a verla ahora, pero creo que lo mejor es que aclare esto con la Charo primero. Pero por favor, mamita, cuideme bien a Violet.

—Vaya tranquilo m'hijo, yo cuidaré a su Violeta.

Capítulo 25

Juan caminó las dos cuadras que lo separaban de la casa de Rosario, y tocó la puerta con los nudillos, quizá con más fuerza de la debida.

Como si lo estuviera esperando, ella se asomó enseguida.

—*Mi taita está malo, así que mejor vamos afuera a conversar.*

—*¿Y el niño?*

—*¿Quieres verlo? Está con Rosalía. ¡Ro...!*

Juan levantó ambas manos.

—*No. Solo preguntaba.*

Ambos comenzaron a caminar en dirección a la plaza del mercado. Él llevaba las manos enfundadas en los bolsillos y ella iba colgada de su brazo con el pecho henchido de felicidad. Esto era un buen augurio, seguro que Juan le pedía por fin que fuera su mujer, ya nadie más llamaría huacho a Juanito, se convertiría en una mujer decente con casa y marido.

Cuando llegaron a la plaza, Juan le ofreció una nieve de limón y ella aceptó, feliz de que él no hubiera olvidado sus gustos. Luego se sentaron en un banco de piedra que miraba hacia el mar.

—*¿Cuándo será el casorio?* —preguntó ella, cansada del silencio que había entre ambos.

—*No nos casaremos, Rosario. Yo no te quiero.*

Rosario lo miró con furia.

—*¿Y tu hijo?*

—*No le faltará nada.*

—*Seguirá siendo un huacho* —replicó ella con encono.

—*Le daré mi apellido.*

Ella se levantó del banco y se puso de frente a él, que aún permanecía sentado en calma, con las manos en jarra.

—*¡¿Es por esa rucia deslavá' que trajiste contigo? ¿Esos chiquillos son tuyos?!*

Los ojos de Rosario parecían lanzar llamaradas, a punto de comenzar un incendio para quemarlo vivo.

—*No.*

—*Harás lo mismo que tu padre hizo contigo.*

—*Me dio su apellido.*

—*A la fuerza, porque doña Carmen lo obligó.*

Juan inclinó la cabeza. Rosario tenía razón, aunque le diera su apellido a Juanito, el niño no tendría un padre presente, ni siquiera tendría el recuerdo de uno como los hijos de Violet.

—*Arregla el casorio con el cura* —dijo él, mientras se ponía de pie.

Rosario tenía la vista clavada en el suelo, y ni siquiera la levantó cuando escuchó estas palabras, sin embargo, cuando él se alejó rumbo a El Almendral, levantó su rostro dibujando una sonrisa de triunfo. Antes de regresar a su casa, pasaría por la iglesia para hablar con el padre.

—Capitán, ¿usted nos llevaría hasta los Estados Unidos?

Violet junto a los niños, Alika, y el capitán Robbins, estaban sentados en una mesa, frente a unas sendas tazas de té, y pan casero caliente. Era la hora del desayuno y Juan no se había dejado ver desde el día anterior.

—¿Por qué quiere marcharse, señora Bellamy?

Violet se sonrojó.

—Bueno... Vamos a Australia, ¿no?

—Yo no quiero marcharme —repuso Tyler.

—Yo tampoco —añadió Francis.

—¡Debemos hacer lo que sea mejor para nosotros! —espetó ella, enfadada—. ¡Y si yo digo que nos marchamos, nos marchamos!

» Imagino que en los Estados Unidos tendremos más oportunidad de abordar un barco para Australia, ¿o me equivoco?

—No se equivoca, pero tenga en cuenta que después que descarguen, debemos esperar por la carga que hemos de llevar nosotros. Además, está pendiente nuestra boda. —En esta parte de la conversación, John se volvió a mirar con ternura a Alika—. Serán varios días más antes de zarpar. Lamento en verdad que las cosas no funcionaran, pero un hombre debe actuar con responsabilidad.

—No le entiendo, capitán.

—Sí que lo hace, pero no importa... Una semana. En una semana a más tardar estaremos zarpando.

—Gracias, capitán.

—¿*Qué voy a hacer ahora?*

—*Casarte. No tienes opción.*

Juan estaba con su madre en la habitación de ella. Aún no reunía el valor para hacerle frente a Violet.

—*Yo no la amo. Siempre le advertí que se cuidara.*

—*¡Ustedes, los hombres!* —exclamó su madre con un dejo de desprecio.

—*¿De qué lado está usted?*

—*Entonces, no te cases.*

—*¿Y condenar a mi hijo a una infancia como la mía? ¿Con un padre que apenas conoció?*

—*Entonces, no lloriquees más y haz lo correcto.*

—*Lo haré madre, aunque el corazón se me haga pedazos.*

Juan se quedó en silencio y su madre se acercó para poner una de sus manos en la cabeza de él,

y sin poder soportar más la angustia, aquel hombre grande se abrazó a la cintura de su madre y vertió lágrimas amargas sobre el vientre de ella.

—*¡Ay, m'hijo!* —fue todo lo que ella dijo.

Esa tarde, Juan se acercó a Violet para invitarla a ver la puesta de sol en la bahía. A regañadientes ella aceptó, pero llamó a los niños declinando el ofrecimiento de la hermana de Juan para cuidarlos. La verdad era que no quería estar a solas con él.

Caminaron en silencio hacia la playa, mientras los niños jugaban y corrían delante de ellos. Cuando pisaron la arena, Juan se detuvo y la tomó del codo para mostrarle el horizonte.

—Mire esos colores. No diga que ha visto una puesta de sol más bella que esta.

—Tiene razón, nunca he visto algo así. Estoy acostumbrada a ver que el sol aparece y desaparece de la misma forma.

—Entonces, siento que nunca podré invitarla a ver un amanecer.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Su hijo. Debe darle un padre, un hogar.

—No pensaba hacerlo, es decir, darle un hogar, pero alguien me hizo ver que estaría condenándolo a una niñez como la mía.

—Si hiciera eso, yo lo despreciaría.

—Usted sabe que ansiaba hacer mi vida junto a usted. Dejarla viviendo aquí conmigo. Ser un padre para sus hijos...

—Ellos lo quieren mucho, y les agrada este lugar.

—¿Y usted? ¿Qué siente?

—No vale la pena hablar de eso. Ni mis sentimientos, ni los suyos importan ahora.

En ese momento él lo supo: ella también lo quería.

Lentamente el sol comenzó a caer en el mar, y los colores arrebolados del cielo se hicieron más intensos. A duras penas, Violet contuvo las lágrimas. ¿Por qué era tan cruel el destino? Primero le arrebató al hombre que sería su compañero de vida, y ahora le quitaba la oportunidad de ser feliz nuevamente.

—Será mejor regresar —dijo ella con voz lacónica. Enseguida llamó a sus hijos y emprendió el camino hacia la casa de doña Carmen.

Capítulo 26

Los días para Violet se pasaron lentos, inexorables, como un castigo innecesario. Se pasaba los días entre la habitación y los paseos por la playa, aunque con gusto ayudó en los preparativos de la boda de Alike y el capitán, quien prácticamente había sobornado al sacerdote con unas botellas de vino para que los casara lo más pronto posible, le preocupaba marcharse y dejar a Alike a la deriva. Ahora él estaría quizás un año o algo más ausente, pero ella quedaría con su apellido y dinero para que alquilara una casa y esperara su regreso.

John Robbins sabiendo cuál sería la reacción en su país, y sus cercanos al verlo llegar con una mujer de color como esposa, había decidido emprender el último viaje para entregar el barco y retirarse de la capitania mercante, pero para no tener que comenzar de cero, le propondría a los dueños de la compañía, levantar una oficina en Chile por ser un excelente puerto comercial.

Violet sentía con el alma no estar para apoyar a la joven, y así se lo hizo saber en un momento que se encontraron a solas.

—Alike, perdóname por no poder quedarme, pero debemos continuar nuestro camino.

—Señora, yo extrañarla.

Ambas mujeres se abrazaron con cariño, y después de enjugarse las lágrimas, Violet le entregó un pequeño broche de rubíes a Alike.

—Para que me recuerdes —le dijo.

—Nunca la olvidaré, señora.

Por los niños, Violet se enteró que Juan y Rosario se casarían dentro de dos semanas. Debería tranquilizarla que el acontecimiento se se fuera a efectuar cuando ya se hubieran marchado, sin embargo, no era así: todavía tendría que encontrarse con él en la casa por los siguientes días.

—Haremos algo sencillo, solo la familia.

—¿Cómo?! ¿Tanto te avergüenza casarte conmigo?

—No se trata de eso, pero debes comprender que no estoy de humor para fiestas.

—Claro, si te casas obligado.

Rosario había comprendido que Juan solo se casaba por el deber para con su hijo, pero eso no le importaba. Sería de ella para siempre, y si no la quería, tampoco importaba, pues ya se encargaría ella de lograr que la amara con el pasar del tiempo. Finalmente, y más temprano que tarde, Juan sería suyo en cuerpo y alma. Así que por ahora lo mejor era no llevarle la contraria.

—Está bien, Juan, que sea como tú quieras.

Ese mismo fin de semana, se llevó a cabo la boda de John Robbins con Alike en la Iglesia de la

Merced, ante la familia de Juan y unos pocos conocidos.

El capitán vestía un sobrio uniforme de capitán de barco, y Alike el mejor vestido que aún tenía Violet, el único que no había sido transformado y que era de un color azul pálido. Además, la joven lucía orgullosa el broche de rubíes que su amiga le había obsequiado.

Cuando la ceremonia terminó, el arroz fue lanzado sobre las cabezas de los recién casados, y todos se dirigieron a la casa de doña Carmen para empezar la celebración. Mientras tanto, los novios irían a dar un paseo en carreta por la bahía. Cuando regresaran los esperarían con platos típicos, mucho vino y música.

A Violet le gustó mucho el ambiente de alegría que se había formado. Los aromas eran apetitosos, y la música interpretada por los hermanos de Juan, era altisonante pero tan rítmica que llamaba a seguirla con el pie, golpeando contra las tablas del piso.

Rosario no se despegaba del lado de Juan, y este, como no supo zafarse de la molestia que la mujer significaba para él, solo se limitó a beber en silencio: un vaso de vino tras otro. Cuando llamaron a sentarse a comer, ya no se podía mantener en pie. Doña Carmen llamó a su esposo para que lo llevara a su cuarto.

—*¡Lucho!, ¿por qué no te llevas al Juan a su pieza?*

—*Yo puedo llevarlo, suegra* —ofreció Rosario.

—*No, Charo, tú te vas a tu casa. Desde ahora debes portarte como una mujer decente, ¿o es que quieres hacer otro chiquillo antes de casarte?*

La joven se volvió roja, mezcla de vergüenza y rabia, porque a pocos pasos estaba Violet, y aunque no comprendía las palabras, bien podía entender que la estaban regañando.

—*Como usted mande, suegra.*

—*Todavía no soy tu suegra, Charo.*

Luego que la joven se hubo marchado, doña Carmen se volvió hacia Violet y la llamó.

—*¡Violeta! ¡Venga, m'hija, a comer un pedacito de carne! ¡Los mocosos ya comieron, solo falta usted!*

—*Gracias, doña Carmen* —respondió Violet, como a casi todo ya que apenas comprendía.

—*¡Está muy flaca usted, m'hijita!*

Violet hizo lo que la buena mujer le ordenaba, y con placer se comió la carne y el arroz que había en el plato. Sí, sería fácil acostumbrarse a vivir en aquel país, y con pena pensó que dentro de un par de días estarían nuevamente abordando un barco. ¿Llegarían algún día a Australia?

Era bastante tarde cuando los niños se quedaron dormidos sobre una mesa. Algunos invitados ya se habían marchado, otros dormían también sobre las mesas, y algunos continuaban bebiendo y cantando las tonadas junto a los hermanos Alegría. Los recién casados hacía horas que se habían ido a la cama, apremiados por el llanto de Ekon.

A Violet le costó un poco de esfuerzo llevarse a los niños a la cama, ya que se negaban a ponerse de pie y caminar hasta el cuarto, y por lo mismo, una vez allí cayeron rendidos sobre la cama. Su madre, que también estaba cansada, se limitó a quitarles los zapatos y los dejó dormir tal

como estaban.

Violet creyó que estaba soñando cuando sintió que alguien la movía y la llamaba por su nombre. Con demasiado esfuerzo abrió los ojos para encontrarse con Juan inclinado sobre ella.

—Venga —dijo él en voz muy baja.

—No, es muy tarde.

—Por favor, necesito decirle algo.

—¿No puede esperar?

—No.

Finalmente, y para que el hombre se quedara tranquilo, salió de la cama y lo acompañó. Ella pensó que irían al corredor, o quizás fuera de la casa, pero él tomó su mano y la condujo a su habitación.

—Bueno, dígame.

—No son palabras —repuso él.

Violet lo miró sin comprender, hasta que Juan tomó su rostro entre las manos y la besó.

Capítulo 27

Tomada por sorpresa, respondió al beso en el primer instante, pero al intensificarse de forma peligrosa, ella lo empujó casi con violencia.

—¡No, usted está ebrio!

—Solo quería un último beso.

—Eso no volverá a ocurrir.

Juan dejó caer los brazos a los costados.

—Al menos dígame que me quiere. Yo la amo con locura, pero me conformo con que me tenga un poco de cariño.

—¿Y de qué serviría?

—Sería una tortura, lo sé, pero si muero, moriría feliz.

—Si lo quiero, Juan, y más de lo que me gustaría. Mis hijos lo adoran, pero no se puede hacer nada al respecto.

Juan volvió a extender una mano hacia ella. Con sus dedos le rozó la mejilla por un segundo, pero luego, con un suspiro la dejó caer.

Violet salió en silencio de la habitación. Esa fue la última vez que estuvieron a solas. La despedida fue triste, amarga, pero necesaria para que quedara todo claro entre ellos.

Al día siguiente, ayudada por doña Carmen, Violet preparó una cesta y se llevó todo el día a sus hijos a la playa. No soportaba ver la cara triste de Juan, y sentía envidia de la felicidad del capitán que parecía un adolescente enamorado.

Después de que se comieron todo lo de la cesta y se cansaron de la arena, Violet propuso ir a la Plaza del Mercado. Allí se encontró con otras damas inglesas, algunas de las cuales la reconocieron de inmediato como compatriota, eso sí recibió algunas miradas de desdén por no estar vestida a la última moda o no lucir ropas elegantes. Sin embargo, otras insistieron en invitarla a tomar el té, para mostrarle como era su vida en un país tan remoto como desconocido. Violet a nadie le aclaró que estaban por marcharse, por lo que recibió todas las tarjetas que le entregaron. Cuando regresaron a casa de doña Carmen, si se cabe esperar, se sentía más desolada que antes al confirmar que sí se podía vivir bien allí, y ser feliz. Pero ambas ambiciones estaban vedadas para ella.

A la mañana siguiente, antes de pensar en ir a desayunar, Violet se dio a la tarea de preparar el equipaje para estar listos en cuanto el capitán diera aviso de abordar el barco. Ya con todo listo, sacó a los niños de la cama, y fueron a desayunar. Extrañaría ese rico pan casero que hacía doña Carmen, pero, en fin, así eran las cosas y no había forma de cambiarlas.

Como todos los días, encontró al capitán con Alike, y el pequeño Ekon prendido de su pecho.

—¡Buenos días! —saludó ella aparentando jovialidad.

—Buenos días, señora Bellamy. Por favor siéntese que tenemos que hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó ella alarmada.

—No zarpamos hasta en una semana más.

Ella no necesitó hablar para demostrar cómo se sentía con la noticia, justo en una semana era la boda de Juan.

—¿No hay posibilidades de que sea un poco antes?

—Ninguna. Entiendo cómo la pone la espera, sobre todo porque será el mismo día que... Tengo que esperar un cargamento de cobre. Ese es el motivo.

—Comprendo.

—Mire, saldremos a conocer el cerro donde viven sus compatriotas. De alguna forma la distraeremos, y lograremos que los días pasen rápido.

Violet agradeció al capitán con una sonrisa, no tenía por qué ocuparse de ella, sin embargo, estaba demostrando ser un buen amigo.

La semana fue odiosa para Violet, desde temprano tenía que ver a Rosario cargando a su hijo, en la casa de doña Carmen. Estaban en los últimos preparativos para la boda, así que no le faltaba pretexto para aparecerse desde la hora del desayuno. Cuando Juan percibía su presencia intentaba apartarse de Rosario, pero esta no se lo permitía, o bien le entregaba a Juanito para que lo sostuviera en sus brazos, mientras le dirigía miradas de burla a ella.

Así que Violet no quiso esperar a contar con la presencia de los Robbins para salir a recorrer el puerto, y tomando una tarjeta al azar, se marchó llevándose a los niños con ella.

Por suerte se le había ocurrido cambiar algunas monedas inglesas por dinero local, y aunque no comprendía bien la diferencia confiaba en Tyler para que le ayudara.

En vez de coger una carreta, se subieron a un coche tirado por una mula y Tyler con lo poco que había aprendido de español, le indicó la dirección al cochero.

El carruaje comenzó a traquetear por las calles del puerto. Pasaron por la plaza principal que está enfrente de la Iglesia de la Matriz, pudiendo observar un poco más allá un muelle, y más retirado aún, lo que debía ser un astillero.

De pronto el coche comenzó a subir por una calle estrecha y empinada. Entonces Violet pensó que se encontraban con un pedacito de Inglaterra: casas de vistosos colores, con ventanas pequeñas, escalinatas y balcones flanqueados por balaustradas de madera, todas muy diferentes entre sí y entre las casas del plan de la ciudad.

Cuando por fin el cochero se detuvo, y Violet observó la casa de color amarillo pálido, por primera vez desde que se encontraba en Valparaíso, se sintió desaliñada. Los únicos accesorios que daban cuenta de su posición, eran unos pequeños pendientes de perla y un camafeo que bien podía habérselos robado dada la apariencia que tenía.

Antes de golpear la puerta revisó el atuendo de los niños, y se acomodó el sombrero y los pequeños guantes blancos. Enseguida puso la mano sobre el llamador de bronce con forma de pata

de león y golpeó con suavidad por dos veces. Pronto se escucharon unos pasos a la carrera, y una joven morena de rostro sonriente les abrió la puerta.

—¿A quién buscan?

—Señora Campbell.

La joven estiró la mano para recibir la tarjeta de presentación de las manos de Violet, pero ella no tenía ninguna, esos convencionalismos habían quedado olvidados en Inglaterra.

—Soy la señora Bellamy —continuó Violet ante la mirada inquisitiva de la sirvienta.

—¿Quién es, Juana?! —gritó de pronto una voz detrás de la joven.

—Una tal señora Bella... algo.

—Está bien, Juana, yo me encargo.

La sirvienta se fue para adentro de la casa, y Cecil Campbell hizo su aparición en la puerta de la casa.

—¡Pero si es usted, querida!

Capítulo 28

Cecyl Campbell, vio la postura de Violet al sentarse, y los modales para servirse el té, supo que no estaba ante una mujer común y corriente, ni siquiera era una dama burguesa: ella debía ser una Lady venida a menos, y por lo tanto merecía su ayuda.

—Me ha agradado tanto como me ha sorprendido su visita, señora Bellamy.

—El barco tardará una semana más en zarpar, y por eso se me ha ocurrido buscar como pasar el tiempo mientras tanto.

—No entiendo. ¿Usted piensa marcharse?

—Sí, vamos de camino para Australia.

—¿Eso la entusiasma?

—Sí.

—No se nota, querida... *¡Juana, lleva a los niños a la cocina para que coman pastel, o lo que deseen!*

—Sí, señora.

Juana le hizo un gesto a Tayler y Francis, y ellos la siguieron hasta la cocina.

—Querida, no nos conocemos, pero me doy cuenta que algo le aqueja. La tristeza que trae en sus ojos la delatan.

Violet se retorció las manos.

—Solo estoy cansada. Nos subiremos a un cuarto barco desde que salimos de Inglaterra, y aún nos faltará recorrer mar para llegar a Australia.

—¿Y por qué no se queda?

—No comprendo cómo podría subsistir aquí. En Australia tengo familia, y en Chile no conozco a nadie.

—Me conoce a mí, y eso es solo para comenzar... Y en cuanto a la subsistencia, aunque usted no venga de una familia burguesa, quizás dentro de su educación ha aprendido a coser, o bordar.

» En Chile todo se confecciona a mano, lo único que se compra fabricado son los zapatos, los guantes y los sombreros. Los chilenos tienen tiendas de lo que imagine, y nosotros también tenemos nuestras tiendas de telas, hilos, lanas...

—Yo sé coser, bordar y algo de tejido.

—¿Ve? Siempre hay forma de comenzar un negocio lucrativo en este país. Somos muchos ingleses en esta ciudad, y cada día llegan más.

—¿Por qué me quiere ayudar?

—Porque presiento que a pesar de que desea continuar su camino, su corazón está aquí.

—Y es precisamente por eso que necesito marcharme, señora Campbell.

—Llámeme Cecyl, a secas... ¿Quiere ver la casa?

—Me encantaría.

La casa de Cecyl era encantadora a los ojos de Violet: techos altos, habitaciones frescas, con pocas ventanas hacia el exterior, pero bastantes más que daban a un jardín interior. La cocina y el comedor estaban en la misma planta, sin embargo, el mobiliario y las decoraciones eran totalmente al estilo inglés. En el jardín no solo había rosas y peonías, sino también un pequeño huerto que proveía de algunas hierbas y verduras para la cocina, ya que era costumbre en Chile tener este tipo de abastecimiento en casa. También había varios árboles frutales cargados de flores que ya pronto darían sus frutos del verano.

Ya era casi el mediodía cuando Violet dio por terminada la visita, a pesar de que Cecyl insistió en que se quedaran a merendar, o almorzar como decían en Chile.

Las mujeres se abrazaron, y Cecyl le dijo a Violet que, si se arrepentía, contara con ella para lo que fuera.

Después de esta visita, Violet desistió de ir a visitar a las otras damas que le había entregado sus tarjetas. Ya no quería ver más compasión o curiosidad en ojos extraños. Sintió que Cecyl Campbell era una persona confiable, pero, al fin y al cabo, una extraña.

A medida que fueron pasando los días para la boda de Juan, el ambiente en casa de doña Carmen se tornó festivo. Un día que venían recién llegando de un paseo, les tocó presenciar cómo preparaban arreglos con flores para poner en la iglesia, y en cuanto Rosario la vio entrar se dirigió a Violet con una sonrisa.

—Vendrá al casorio, ¿verdad? Juan la estima mucho, señora.

—Perdón, no entiendo.

—No importa —repuso Rosario haciendo un gesto de desdén con la mano.

Y así, entre paseos largos y encierros en la habitación llegó el día previo a la boda. Esa noche, Violet buscó al capitán en la habitación que ocupaba con Alike. En cuanto él la vio, respondió la pregunta que ella venía a formular.

—Sí, mañana zarpamos antes del mediodía.

—¿Podremos abordar más temprano?

—A eso de las nueve podrán hacerlo.

—Gracias, capitán.

Esa noche una vez más Violet guardó el exiguo equipaje de ella y sus hijos. Desayunarían temprano y se irían al puerto a esperar el momento en que pudieran abordar. Esa noche no durmió, pero en cuanto vio el primer rayo de sol filtrarse entre las cortinas blancas, sacó a los niños de la cama, cogió el equipaje y salieron al comedor por el desayuno.

—Mi pobre niña —dijo doña Carmen cuando la vio sentada a la mesa con sus hijos.

Violet como no comprendía, la saludó con una sonrisa. Comió poco, pero aceptó toda la comida que la buena señora le dio para el viaje. Después de terminar se despidió con un abrazo

de toda la familia, y se subió a la carreta que habían llamado para ella.

Desde su habitación, agazapado detrás de la ventana, Juan observó cómo se marchaba el amor de su vida, cómo se alejaba la que él había pretendido fuera su familia. Cuando se perdieron de vista, cogió la botella de vino que había dejado sobre la cómoda y se dio un largo trago. Él tampoco había dormido, pero en lugar de dar vueltas y vueltas en la cama, se había dedicado a beber toda la noche.

A las diez y treinta de la mañana, la novia, la familia, y todos los invitados esperaban en la puerta de la iglesia: el novio aún no llegaba.

—*El Juan no va a venir.*

—*¿Qué dice taita?*

—*Eso. Ese hombre no te quiere, y tú dele y dele con la insistencia.*

—*Tenemos un hijo.*

—*¿Y desde cuándo ese es motivo suficiente? Está lleno de huachos el mundo.*

—*Taitita, no diga eso.*

Por primera vez desde que acordaron la boda Rosario comenzó a tener dudas. Quizás debería haberlo reconquistado y no decirle lo de Juanito a golpe y porrazo...

—*¡El novio! ¡Ya viene el novio!* —gritaron los que estaban más cerca de la calle.

Rosario por fin respiró: las dudas se acabaron como por encanto.

Juan se veía descompuesto, pero estaba allí por fin. Doña Carmen lo miró con reproche, y sus hermanos con burla. Aun así fue y se paró tieso junto a Rosario.

—*Este es un día especial, ya que uno de mis más queridos feligreses ha decidido que ya era tiempo de formar una familia, porque Dios creó al hombre y a la mujer con el único propósito de...*

De pronto se abrieron las puertas con violencia y disparo retumbó dentro del sagrado templo. Todos giraron la cabeza: era el Basualto, un arriero bien conocido por ser malas pulgas y pendenciero.

—*¿Qué ocurre, hijo?* —preguntó el padre.

—*Pasa, cura, que he venido a buscar a mi mujer y a mi hijo.*

Un rumor de asombro se escuchó dentro de la iglesia.

—*¿Es verdad lo que este hombre dice, Charo?* —preguntó Juan a quien supuestamente sería su esposa.

—*¡No! ¡El Basualto miente!*

—*¡No miento! ¡Rosalía lo sabe!*

Todas las miradas se posaron en la hermana menor de Rosario. Ella solo dirigió una mirada culpable a Rosario.

—*¡Maldita!*—gritó Rosario, y se armó la trifulca en la iglesia.

Juan no se quedó a escuchar más, salió corriendo y a medida que avanzaba por las calles y la arena se iba quitando las ropas de casamiento hasta quedar solo en pantalones.

El barco comenzó a alejarse lentamente del muelle. Sobre el balcón de popa, Violet observaba cómo se alejaban del puerto, y una vez más, tal como cuando partieran de Inglaterra, llevaba su corazón encogido. Nuevamente la daga de la infelicidad se había enterrado en su pecho.

El puerto ya empezaba a verse pequeño, cuando los hombres divisaron a alguien que agitaba los brazos desde tierra. El capitán tomó el catalejo para poder observar con claridad, y con una sonrisa de oreja a oreja impartió la orden.

—¡Bajen un bote, un tripulante de último minuto tiene que abordar!

Violet ensimismada en sus pensamientos no fue consciente de lo que estaba sucediendo, sin embargo, los niños sí comprendieron y comenzaron a saltar de alegría. Ella continuó sin comprender, hasta que un cuerpo fuerte la abrazó por detrás.

—¿Te vas o te quedas?—Fue la pregunta de él.

—Me quedo.